

# ACTUALIDADES

Revista Mensual, Literaria, Instructiva, Humorística, Noticiosa

NÚMERO  
21

DIRECTORES:  
S. MARTINEZ FIGUEROA  
FRANCISCO R. GONZÁLEZ  
(Fóstor)

AÑO II

SAN SALVADOR, C. A., SEPTIEMBRE DE 1916.



## EL GENERAL BOLAÑOS Y SU ÚLTIMA OBRA PATRIÓTICA



EN 1905, año en que fundamos en esta ciudad LA UNIÓN LIBERAL, escribimos un artículo abogando por la creación de Escuelas de Policía, o sean centros especiales encargados de impartir instrucción cívico-militar y las demás materias que concurren a hacer del guardián del orden público una garantía positiva para la honra y la propiedad de los salvadoreños y residentes, quitándole a la institución aquellas facultades que de facto ha usado en muchas circunstancias, anulando las prerrogativas del ciudadano y entorpeciendo la marcha de la buena administración de justicia. Nos lisonjéabamos entonces con la idea de ver integrado un Cuerpo tan importante por ciudadanos perfectamente idóneos en las funciones delicadísimas de su cometido; y aquel entusiasmo nuestro, que siempre se ha manifestado cuando se trata de sumar un progreso más al acervo de nuestra civilización, nació de la observación directa que hicimos en Estados Unidos de una institución que se cuenta entre las más avanzadas de aquel libérrimo país y del mundo bien organizado. Al revés de lo que aquí sucedía no ha muchos años, allá el agente de policía es una persona bien educada y apreciada con respetuosa simpatía, alejando del transeunte y de la sociedad todo recelo y la idea de coerciones indebidas, y antes por el contrario, infundiéndole a todo el mundo absoluta confianza, porque los agentes son mirados como la salvaguardia de los intereses privados y colectivos. Porque para formar parte de tan alto cuerpo armado, el aspirante, además de poseer la urbanidad característica en toda persona civilizada, va a sus funciones con la instrucción técnica adecuada, siendo por consiguiente un delegado de la autoridad constituida y no un mero instrumento de arbitrariedades y tiranías.

El agente de policía americano llega al puesto seleccionado y por vocación y méritos comprobados, jamás por que el solicitante no tenga oficio ni otra cosa en que ocuparse.

Aquella insinuación de nuestro semanario se perdió en el vacío; pero en cambio, a los tantos años, el General Bolaños, que con el beneplácito del Supremo Gobierno y de todos sus adeptos desempeña la Dirección General de Policía de la capital, ha venido a colmar nuestras aspiraciones con un paso de mayor trascendencia social todavía que las escuelas propuestas; porque se trata de rescribir a la niñez descarriada o expósita de las garras de la vagancia y los vicios, proporcionándole ocupaciones honestas y lucrativas. Ahí está la Escuela de Corrección de Menores rindiendo apreciables frutos a los cuatro meses apenas de fundada. La prensa caracterizada de la capital, a propósito del gran Día de la Patria, dió a conocer el resultado satisfactorio y halagador de las pruebas rendidas por el altruista plantel que el General Bolaños ha establecido con el apoyo decidido del Señor Presidente Don Carlos Meléndez y del Ministerio y que sostiene con fondos economizados del ramo de su cargo y los generosos donativos que hacen muchas personas penetradas del inmenso beneficio que se persigue.

Cumple a nosotros, por nuestra parte y en nombre de «ACTUALIDADES», felicitar efusivamente al probo y tesorero General don León Bolaños y a sus protegidos, que han encontrado en ese Jefe leal y pundonoroso, al padre solícito por su provenir y al amigo desinteresado y noble.

CARLOS URRUTIA F.

San Salvador, Septiembre de 1916.

# LA REVISTA MILITAR

EL día 15 del actual, con un tiempo magnífico, verificóse en el Campo de Marte la gran Revista Militar en conmemoración del XCV aniversario de nuestra emancipación política.

Asistió el señor Presidente de la República, los señores Ministros y Subsecretarios de su Gabinete; la Honorable Corte Suprema de Justicia; el Cuerpo Diplomático y Consular; altos empleados y numeroso público.

Refiriéndose el órgano del Gobierno a la participación que tuvo el Ejército en las festividades patrias, entre otros conceptos, dijo:

«La Revista practicada el día de ayer hará época en los anales militares de la República, tanto por el número de fuerzas que tomaron parte en ella, como

por la gallardía, soltura y precisión con que ejecutaron los diversos movimientos y el desfile general, que resultó imponente, a la vista del numeroso concurso de espectadores, que exteriorizó repetidas muestras de entusiasmo en el Campo de Marte. Esta fiesta militar ha puesto de resalto los adelantos positivos que ha alcanzado nuestro Ejército, no sólo en la capital sino también en los Departamentos, todo lo cual evidencia la unidad de enseñanza del Ejército y el régimen orgánico que preside en su constitución y disciplina. Bien puede ufanarse la República y el Gobierno de poseer instituciones militares bien organizadas, que son la más sólida garantía del mantenimiento de la paz y del régimen del Derecho.»

## DE LA GUERRA

SIR JORGE BUCHANAN

¿VALOR O LOCURA?

UNA de las personalidades diplomáticas inglesas que más ha desollado en los últimos tiempos, ha sido Sir Jorge Buchanan, embajador de la Gran Bretaña en Petrogrado.

No tiene Sir Jorge sino sesenta y seis años, pues nació en Copenhague en 1850. A la edad de veintitrés años ingresó en la carrera diplomática, y no la ha abandonado desde entonces, conquistando todos sus ascensos únicamente gracias a sus propios méritos. A los treinta y un años se casó con lady Georgina Bathurst, la bellísima hija del conde de Bathurst, en quien encontró una colaboradora abnegada e inteligente, cuyo concurso le ha sido de mucha utilidad.

Después de servir a su país en Tokio, Viena, Berlín, Roma, Berna, Sofía y La Haya, sir Jorge fué nombrado embajador ante el Zar, puesto que desempeñaba cuando se declaró la guerra. Es un diplomático muy sagaz, que grandemente ha contribuido a hacer desaparecer las desconfianzas que respecto a la política inglesa abrigaba cierta parte de la opinión rusa hábilmente sugestionada por la propaganda alemana.

¿En qué punto concluye el valor y empieza la locura en los combatientes? Es esta una cuestión que discuten, desde el punto de vista científico, algunos periódicos ingleses, en vista de lo que está ocurriendo en la guerra. En efecto, cada día se publican relatos de acciones que, indudablemente, demuestran en quienes las realizan un valor heroico; pero que son completamente inútiles, de manera que esos héroes expusieron sus vidas sin necesidad ni beneficio alguno.

Un caso. En el sector de Vindy, los alemanes bombardean constantemente y con la mayor furia, un pequeño sitio descubierto, con el objeto de impedir que los ingleses se apoderen de él, a pesar de que no tiene valor militar alguno su posesión. Pues bien, una tarde, un *highlander*, pasó varias veces, sin que nadie se lo mandara, de un lado al otro del sitio descubierto sobre el cual caía un huracán de bombas. El escocés fumaba tranquilamente su pipa como si transitara por una calle de Edimburgo.

¿Valor o locura? *That is the question.*



# ROLF

## EL PERRO MARAVILLOSO



Por el profesor Marcos Hartoy, M. A., D. Sc., F. L. S. F. R. H. G., profesor de Zoología en la Universidad de Cork.

(Tomado de «EL MAGAZINE» de Buenos Aires)

*Las maravillosas hazañas de «Rolf, el perro pensador», han despertado inmenso interés en el Continente Europeo, dando lugar a muchas y acaloradas polémicas, pero creemos que este es el primer artículo detallado que se ha publicado al respecto.*

*Tales hazañas a primera vista parecen una serie de fantasías increíbles, pero es tal el cúmulo de testimonios aportados, son tantas y tan minuciosas las pruebas a que ha sido sometido por eminentes hombres de ciencia, que no hay más remedio que rendirse ante la evidencia de las prodigiosas facultades del maravilloso perro y cambiando radicalmente nuestra manera de pensar respecto a la inteligencia animal.*

*En caso contrario, si suponemos que las proezas de Rolf no tienen más explicación que el ardid y la mistificación, son estas tan hábiles que han conseguido ofuscar a los investigadores más suspicaces. El imponer la treta vulgar de los perros calculadores, consistente en comunicaciones de sonidos o señales imperceptibles está descartado por la forma en que se han llevado a cabo los experimentos. Sea como quiera, el artículo es curioso y en la convicción de que ha de interesar a nuestros lectores, no dudamos en darle cabida en nuestra revista para lo cual lo hemos traducido del «Strand Magazine».*

Los caballos Elberfeld han despertado el entusiasmo de los amantes del reino animal y el interés de los psicólogos, por el extraño poder que poseen esos animales de expresarse espontáneamente por medio de golpes ajustados a un alfabeto numérico; sin embargo, es mucho más maravilloso el perro Rolf, un «Airedale terrier» de Mannheim (Alemania), y aunque sus proezas solo son conocidas dentro de un círculo muy limitado, no hay más remedio que hacer justicia a los interesantísimos resultados obtenidos, que son verdaderamente estupendos.

La historia de Rolf en la siguiente:

Todavía era cachorro cuando fue recogido en la calle por su actual dueña, la señora de un abogado de Mannheim,

llamado Moekel. Esta caritativa dama, que profesa mucho cariño a los animales de toda especie, le prodigó toda clase de cuidados desde el primer momento.

Obligada la señora Moekel a llevar una vida sedentaria a causa de su quebrantada salud, pasa la mayor parte del día postrada en el sofá de la habitación en que se concentra la vida del hogar; allí recibe las visitas, escribe su correspondencia, satisface sus aficiones artísticas y atiende a la educación de sus hijos. Es allí también donde el perro pasa su tiempo jugando con los niños, y podemos imaginarnos a Rolf mirando a sus amiguitos con esa dulce expresión de sus ojos mansos que todos los que amamos a los perros sabemos interpretar como el deseo que tienen de comprendernos y de ser ellos también comprendidos....

En tal ambiente era donde Rolf recibía su inconsciente preparación mucho más que la de los caballos Elberfeld que al principio mencionamos, ya que no se le imponía ninguna clase de enseñanza sistemática, ni se le obligaba a cumplir tarea alguna convencional.

Un día en que una de las niñas tuvo uno de esos irritantes momentos en que parece que se atrofian todas las facultades mentales, sin saber si atribuirlo a la momentánea estupidez, distracción u obstinación fué cuando se revelaron las facultades de Rolf,

—Vamos a ver, —dice la señora.

—¿Cuántos son 122 más 2?

La niña no contesta.

—Pero si cualquiera puede saber una cosa tan sencilla.—Y viendo que Rolf la miraba con sus grandes e implorantes ojos, dice:—A que Rolf lo sabe. Rolf, ¿cuántas son 2 y 2?

Nuestros lectores pueden calcular cuál sería el asombro de la señora Moekel al ver que el perro le golaeaba en el brazo ¡cuatro veces!!!

Este incidente fué toda una revelación.

Después de comprobar que lo ocurrido no era obra de la casualidad, la se-

## ACTUALIDADES

flora Moekel se dedicó afanosamente a la educación del inteligente Rolf con el mismo cuidado que una madre pone en fomentar el desarrollo mental de un hijo mudo.

Empezó por enseñarle diversos objetos de la habitación a la vez que le indicaba el uso particular de cada uno, y cuando el perro demostraba especial predilección por éste o por aquél su ama se esforzaba por darle una explicación amplia y detallada del mismo. Luego se sentaba con el perro cerca de una ventana y le describía las personas y cosas que pasaban.

Después de algún tiempo comprobó que el perro solucionaba problemas bastante complicados, que apreciaba el valor de ciertos signos y que le gustaba comunicar cuanto comprendía, tanto de lo que se le decía como de lo escrito en las pizarras. La Sra. Moekel tuvo la idea de aprovechar la disposición del perro de reconocer las cifras para utilizar éstas como medio de comunicación. Así, 2 quiere decir sí; 3, no; 4, estoy cansado; 5, afuera; 6, a dormir, etc.

En cierta ocasión en que la señora Moekel, escribía una carta a sus padres describiendo en términos encomiásticos las pruebas del perro, observó que cuando éste vió su nombre escrito, movía alegremente la cola.

Contaremos el caso con las palabras de la señora Moekel.

—Lo miré con una sorpresa muy explicable y le pregunté si entendía lo que había escrito. Con ojos centelleantes golpeó dos veces (2=sí). Imagínese cuál sería mi alegría; nadie me quería creer, ni aún mi marido que era entusiasta admirador de Rolf. Hice multitud de experimentos a raíz de este caso y todos fueron coronados por el éxito. Procedí en esta forma: escribía varias palabras en una pizarra y bajo cada palabra ponía un número, después que Rolf las había visto, volvía a escribir las mismas palabras, pero sin numeración, y para cada una de ellas Rolf golpeaba el número correspondiente.

Poco tiempo después, la señora Moekel se enteró del sistema empleado por Krall para la enseñanza de sus caballos y preguntó a Rolf si le gustaría aprender a comunicarse con ella. La respuesta no se hizo esperar: 2 golpes=sí.

Desde entonces empezaron las lecciones sistemáticas. La señora decía: Atención, Rolf, yo escribiré una palabra y tú me indicarás el número que debo asignarle. Terminada la lección la Sra. apuntaba los números, comprobando al día siguiente que eran conservados perfectamente en la memoria del perro. Así aprendió el alfabeto en seis días.

El perro-fenómeno, era un buen estudiante y parecían agradaarle las lecciones; pero pronto demostró una inesperada tendencia a usar las letras silábicamente. Por ejemplo: cuando se le pidió que deletreada la palabra «Karla» lo hizo de este modo: «Krla» (la K alemana se pronuncia como en español «ca»).

Los caballos Elberfeld se permiten las mismas libertades simplificadoras, así como también lo hacen algunas personas de escasa ilustración y algunos taquígrafos.

La señora Moekel cuenta, con mucha gracia, que en cierta ocasión fueron a visitarla ciertas amigas en ocasión en que los niños estaban estudiando, por cuyo motivo los mandó a otra habitación para que hicieran sus deberes. Cuando las visitas se ausentaron fué a ver si los niños cumplían sus tareas, encontrándolos a todos muy formales, pero todeando a Rolf.

Los problemas estaban resueltos con una corrección inusitada, por lo que la madre entró en sospechas, las cuales se acentuaron cuando se apercebó que uno de los niños trataba de alejar a Rolf cautelosamente. Interrogados al respecto, confesaron que, efectivamente, se habían valido de los buenos oficios de Rolf para resolver sus cálculos.

Hasta ahora sólo hemos escuchado el relato de la señora Moekel, al cual podría tacharse de muy optimista y demasiado parcial. Escuchemos ahora el de algunos investigadores, los cuales con claro espíritu y tomando toda clase de precauciones contra cualquier superchería, han empezado por reconocer en la señora Moekel una testigo digna de entero crédito, y que todo cuanto ha dicho está plenamente confirmado.

El doctor Guillermo Mackenzie, conocido psicólogo de Génova, da en sus «Archives de Psychologie», de Enero 1914, los resultados de su prolífica investigación, y otros observadores dan cuenta de las suyas en «Jiessele» y «Meeshulengen», órganos de la «Sociedad de Psicología Animal».

Estos relatos vienen acompañados de certificados, y dan no solamente los detalles generales, sino que también el número de golpes con que Rolf distingue cada letra. Además de las abreviaturas que ya hemos mencionado, suele intercambiar las P y B, K y G, J y D; y a veces hace que la G final reemplace a la gutural Ch. También es interesante observar que la sintaxis de Rolf se asemeja a la que emplean los niños.

Cuando el doctor Mackenzie realizó sus investigaciones, empezó por sacar un pañuelo que fué reconocido como tal por Rolf. Este pañuelo estaba fuertemente perfumado, pero parece que Rolf tiene el olfato algo defectuoso, pues

## ACTUALIDADES

cuando el doctor Mackenzie sacó otro pañuelo perfectamente planchado y doblado) y pidió Rolf a que estableciera una diferencia entre el primero y el segundo, el perro golpeó «arrugado» en vez de «perfumado» como se esperaba. Es bueno hacer notar que para expresar arrugado, Rolf empleó el término alemán usado únicamente por los niños.

El doctor Mackenzie iba provisto de una cantidad de tarjetas postales ilustradas, con objeto de que Rolf describiese sus dibujos. Para esta prueba colocó al perro en forma tal que únicamente él podía ver las ilustraciones. En todos los casos describió correctamente las características de cada dibujo, sobrepasando su observación en algunos casos a lo que de él se esperaba. Una de las postales representaba dos pájaros posados en una rama que apenas se distinguía; sin embargo, Rolf golpeó: primero, «pájaros»; después, «árbol».

Cuando se le pidió que citara una diferencia entre mujer y hombre, golpeó: «lindo pelo» y «ropa». Pero cuando se le llamó la atención sobre la hermosa barba del doctor Mackenzie y su corbata de seda, agregó: «pantalones».

Se le mostró un Bachs-hund, y lo denominó: «perro»; al hacerle observar el doctor Mackenzie que Rolf también era perro le «pidió otra distinción, encontrándola inmediatamente en «pies grandes». El doctor pintó un cuadro rojo dentro de otro verde, que fueron distinguidos perfectamente por el perro.

Al día siguiente Rolf no se mostró dispuesto a continuar con las observaciones, y sólo consintió en trabajar después de ser obsequiado con algunos terrones de azúcar.

Las palabras impresas con letra negra nos permiten juzgar su mala disposición, pues son manifestaciones espontáneas de desagrado; así al empezar el examen ese día golpeó el primer objeto como «Estrella azul ~~fea~~». El segundo fué denominado «cabo rojo», pero en seguida agregó «basta». El más pequeño de los niños cuando se cansaba, solía agregar esa palabra a toda contestación dada a la Sra. Moekel.

El Dr. Mackenzie encantado con la habilidad del perro quiso acariciarlo, pero este que es sumamente nervioso, se esquivó del doctor mostrándole los dientes. La dueña del perro reprochó a éste su conducta y enseguida Rolf golpeó: «Rolf bueno; no muerde».

Mackenzie se puso muy contento cuando el día siguiente Rolf le golpeó el siguiente saludo: «Rolf quiere mucho al doctor Mackenzie», y más contento todavía cuando al ausentarse de la localidad recibió la siguiente comunicación: «Querido doctor Mackenzie. Venga pronto, no

se vaya más, traigame lindos retratos, el suyo también. Cariñosamente, Rolf».

En el certificado de un examen posterior al del doctor Mackenzie encontramos la contestación de Rolf a la carta de una niña que rogaba al perro fuera a ayudarla en sus cálculos. Dice: «Saludos Rolf va ir para ayudarla calcular. Besos del cariñoso Rolf.»

Rolf recibió una carta del señor Krall, dueño de los caballos Elberfeld, acompañada de un libro que contenía una ilustración representando una escuela de animales, los alumnos cuadrúpedos parecían estar portándose como... como buenos animales. La contestación de Rolf fué la siguiente:

«Me gusta mucho el libro. Tengo que enseñárselo a Daixy (el gato). Autor miente, a los animales gusta el estudio. Viene la Navidad. ¿Los caballos tendrán también árbol de Navidad? Aquí mando pequeño Rolf (una fotografía). Muchos besos.—Rolf.»

Esta carta costó a su autor nada menos que ochocientos cincuenta golpes explicativos y el dictado duró cincuenta minutos. Fué hecha en presencia del doctor Gruber, profesor de zoología de Freiburg. Estaban también presentes el Privatdozent doctor Gruber y otros varios, entre ellos la señora y señorita de Moekel.

Durante un paseo de la señora Moekel, se acercó a ella un individuo de aspecto sospechoso, y como usara ademanes amenazadores el perro lo atacó furiosamente saltándole a la garganta, y costando grandes esfuerzos congruir que Rolf soltase a su víctima. La señora relataba el caso en cierta ocasión, cuando observó que Rolf escuchaba con marcado interés y orgullo. Al ser preguntado si sabía de qué se hablaba, contestó por sus medios: «Hombre malo atacó a usted y yo la defendí.»

Se cuentan de este extraordinario perro algunas ocurrencias muy «perrunas». Vayan éstas como nuestra:

Una vez, mientras esquilaban a Fela (una perra de la misma raza), comentaban la gran cantidad de pulgas que tenía a pesar del baño semanal. Rolf, atento oyente de lo que decían, se permitió comunicar: «Fela tiene muchas pulgas, pero Rolf tiene más».

Durante un examen practicado por varios investigadores, Rolf empezó a rasarse enérgicamente, y cuando su dueña le reprochó la falta de urbanidad se disculpó diciendo: «Me pica mucho la panza».

Así como los niños prodigios tienen sus momentos de descanso, también Rolf demuestra que no siempre está dispuesto a trabajar. El doctor Ziegler le sometió a un examen, pero después de dos días

## ACTUALIDADES

de labor, Rolf se mostró aburrido de tanta pregunta y se negó a seguir mirando los objetos que le presentaban para que los describiese; al fin se rebeló y comunicó: «He visto muchos dibujos y los he explicado todos, ahora no voy a describir más. Basta. Rolf».

Otra anécdota divertida cuenta la señora Moekel: Tenía una visita que insistía en que Rolf mostrara sus habilidades, pero el perro se negó rotundamente y al ser preguntado por qué alegó que «El doctor lo prohíbe».

—Bueno, Rolf,—dice la señora Moekel—pregunta algo a la señorita para que te conteste.

—¿Cuántas son 9 más 5?—dice Rolf.

—Son trece....catorce....quince.

—No, no, no.—contesta enérgicamente Rolf.

—Pero entonces, ¿cuántas son?

—Son catorce—afirma Rolf.

—Entonces, ¿por qué digiste, no, cuando yo dije catorce?

Para chasquearla—afirma Rolf.

Cuando terminaron de celebrar la salida, se pusieron otra vez las señoras a fastidiarlo, pero en vista de que Rolf no hacía caso, su dueña le dijo:

—Para que veas que la señorita es más amable que tú, pídele que haga algo y verás como te complace.

—Que menea la cola—fué lo que golpeó Rolf.

Todos sabemos cuán cariñosos son los perros cuando sus amos sufren, y hemos visto cómo fijan en nosotros su triste mirada como queriéndonos decir que nos comprenden y nos acompañan en nuestro dolor.

Cuenta la señora Moekel, que una vez lloraba la ausencia de uno de sus hijos. El pobre Rolf la contemplaba fijamente, y por fin se subió a la mesa y golpeó: «No llores, ama, que me entristece verte».

Son múltiples las teorías que intentan explicar las proezas de Rolf. Algunos las atribuyen a la telepatía, y hasta hay quien afirma que la clave está en la telegrafía sin hilos!!! Para los espíritus serenos e imparciales la única teoría aceptable es la de que los animales tienen facultades, no apreciadas hasta ahora, para aprender, pensar y comunicarse. Por más que esta teoría parezca fantástica e inverosímil es la única aceptable después de considerar imparcialmente el asunto. Sea como quiera, lo cierto es que el caso ha motivado en Alemania controversias tan agrias que se podrían comparar con las suscitadas por el «affaire Dreyfus».

Con referencia a su significación teológica encontramos una contradicción rara, por cuanto los adversarios de la religión aducen en apoyo de su tesis argumentos de corte ortodoxo, mientras católicos fervientes, como el profesor Ca-

milo Scheneider, la señora y señorita Moekel y otros, sostienen que la legitimidad de las observaciones practicadas en nada atacan a sus creencias religiosas.

Entre todos los incidentes suscitados a raíz de estos hechos, el más extraordinario fué el que provocó la profesora Zুদ্ধ, de Munich. Durante una sesión del «Congreso de la sociedad protectora de animales de Zurich» la docta profesora se levantó e increpó duramente al señor Krall,—que leía unas consideraciones sobre el caso de Rolf—sosteniendo que el señor Krall era partidario de la vivisección, que no comprendía cómo se habían practicado investigaciones tan innecesarias ya que era indiscutible que los animales eran mucho más inteligentes que los hombres, y, finalmente, manifestó que se retiraría para siempre de una sociedad en la que se permitían hacer observaciones como las del caso Rolf.

Agregaremos que, tanto los caballos Elberfeld como el perro Rolf, han sido causa para sus dueños de muchos desembolsos y que jamás se han exhibido con fines lucrativos. La manutención de los caballos tiene que resultarle una afición bastante costosa al señor Krall, puesto que estos animales no se aprovechan para nada, y el perro Rolf es causa de una enorme correspondencia, así como de una afluencia de visitantes cuya recepción no ha de ser una carga muy liviana para la señora de un abogado de un pueblo chico, como es Mannheim.

A instancias del director de EL MAGAZINE he investigado la autenticidad de las firmas que llevan los certificados que han servido de base a este artículo, y he quedado completamente convencido de que son auténticas. He recibido las confirmaciones de los investigadores siguientes: Profesor Augusto Gruber, doctor Raul Gruber (catedrático de la Universidad de Munich), profesor Kraesner, de la Real Escuela de Agricultura en Hoenstein, Wurtemberg, doctor Guillermo Mackenzie, psicólogo de Génova, y del doctor Pablo Zavasein de Barle, conocido explorador, antropólogo y zoólogo.

Reproduzco una introducción de la carta del doctor Karl Gruber: «Querido profesor: Agradezco cordialmente las amistosas palabras de su apreciada carta y me es grato confirmar que sido testigo presencial de muchas de las contestaciones de Rolf. He realizado mi investigación en forma tal, que solo Rolf podía ver los problemas que se le proponían, imposibilitando por lo tanto que influencias extrañas le sugiriesen las correctas contestaciones que dió.

Salúdole con mi mayor consideración. Sinceramente suyo.

DR. KARL GRUBER.



# El retrato de levita



EN mala hora, según el decir del buen don Rafael, ocurriósele a un periódico de un pueblo limítrofe publicar una cantiga que su sobrino pergeñara a la vista de las muy notables de Alfonso Alvarez de Villasantino. Desde entonces, no tuvo paz el cerebro del incipiente vate, barajando la idea de trasladarse a la Corte para afirmar en los más señidos torneos de las letras la brillantez de su estro, que al pensar del engreído mozo, ganara en reciedumbre y galanura a los muy celebrados de Jorge Manrique, Santillana, González de Mendoza y cuantos pasaron a la posteridad con el dictado de grandes. En vano don Rafael trataba de persuadirle de que las artes, si deleitosas cuando se las cultiva como esparcimiento del ánimo, son, en cambio, flores de punzantes espinas cuando de ellas se pretende sacar el jugo vital con que es forzoso atender a las imperiosas exigencias del estómago, que como en la lucha por la vida ha de ofrecerse algo más positivo que palabras rimadas, la Fortuna, que es dama que no entiende de líricas vaguedades, rehusaría el honor de sentarle a la mesa, por miedo a que la emoción turbara sus plácidas digestiones. A sus consejos e ironías, el sobrino Carlos oponía siempre su firme decisión de rebasar los limitados horizontes del puebluco, que era jaula demasiado pequeña para ruiseñor tan canoro. ¡Ya tendría éxito, que otros, con menos aptitudes, lograron vencer! Con talento y constancia, la gloria se le rendiría, al fin. Bien elocuentemente lo decía el clásico:

«El agua blanda en la peña dura faze por curso del tiempo señal....»

Y miraba rencoroso a su tío, extrañado de no hallarle boquiabierto por tan gentil prueba de erudición.

Llegó a hacerse insoportable, por su desmedido afán de mostrarse erudito. Como las citas casi nunca eran bien acopladas y parecía estar hablando siempre a esforzados paladines de la edad de hierro, sus alardes producían en los avasados la más regocijada hilaridad. Un día que en la tertulia de la rebótica comentaban la trifalca habida el anterior por el reparto de arbitrios, Carlos les atajó, campanudamente, con aquellos rimbombantes cuartetos:

«No en palabras los ánimos gentiles,  
No en amenazas ni en semblantes fieros,  
Se muestran altos, fuertes e viriles,  
Bravos, audaces, duros, temederos.  
Sean los actos non punto civiles  
Más virtuosos é de caballeros,  
E dexemos las armas feminiles  
Abominables a todos guerreros.»

Pero el boticario, que también recordaba fragmentos de inmortales poetas, le replicó, con gran donaire:

«La su obra non retruena,  
Del que quiere disputar  
E non se sabe limpiar  
La narys cuando se suena.»

Mas si en la tertulia no hacían gran aprecio de su numen, los ingenuos pueblerinos si le creían merecedor de ceñir a sus sienes el laurel inmarcesible y hacían diligencias cerca de don Rafael para que consintiese el proyectado viaje del mozo, seguros de que en la Corte haría una brillante carrera. Y tanto remacharon sobre el asunto y tanto terqueó Carlos, que, al fin, su buen tío, avinose a darle autorización, amén de unos ahorrejos y un buen puñado de recomendaciones, para que no se extraviara en los torpes entretenimientos cortesanos.

Si vanidoso era el vate, cuando la marcha no pasaba de la categoría de ilusión, ya dueño del consentimiento desatósele la lengua en pregonar, por anticipado, triunfos fabulosos.—¡Ya veréis—decía—cómo no soy un ilusol! Como César, podré exclamar: *Veni, vidi, vinci*. Muy pronto recibiréis retratos míos en traje de levita, lo que os probará mi éxito.

Y, después, como soy amante de mi terruño, vendré a compartir con vosotros la gloria alcanzada.—A los mozos les prometió su futura valiosa influencia; a las mozucas cantar su «fermosura» para que, cual la de la vaquera de la Finojosa, fuese conocida de los siglos presentes y venideros; y a buen tío, que sonreía incrédulo ante aquellas exaltaciones, hacerle diputado por el atículo 29.

\*\*\*

Ya en Madrid, Carlos experimentó un gran desasosiego. Los directores de los periódicos no tenían tiempo para escucharle sus poesías y cuantas mandaba parecían extraviarse.—Eso es envidia—pensó.—Temen perder su preponderancia al impulso de un advenedizo. ¡Pero

## ACTUALIDADES

ya se rendirán!—Y siguió enviando sus «Iluminaciones», que así titulaba los engendros de su numen. La verdad era que sus versos no pasaban de malos y que los que algo decían acusaban, bien a las claras, no ser de su exclusiva pertenencia. De ahí que, a pesar de las buenas palabras con que era acogido, nunca hubiera espacio en los periódicos para ofrendarle a la admiración del mundo. Al fin dos o tres publicaciones—de esas que carecen de presupuesto para colaboración—consintieron en ser receptáculo de sus cándidos lirismos. ¡Lo que él hubiera dado por estar en la rebotica para aplastar, con pruebas tan palmarias, el desdén de aquellos burlones! ¡Ahí era nada: publicar en Madrid! ¡En Madrid!!! ¡En Madrid!!! Y se lo repetía, acentuando la exclamación, cual si con ello aumentara la bondad de sus composiciones. El no cobrar no le importó gran cosa. Ya le llamarían de los grandes rotativos, ofreciéndole inmejorables ventajas. Aun le quedaban unas pesetillas de las que su buen tío le diera y con ellas aguantaría hasta consolidar su prestigio de poeta indiscutible. Por lo pronto, ya había conseguido lo principal: que su nombre fuese conocido en todo el universo y que más de una princesita de cabellos de oro y marfilinas manos exangües hubiera suspirado por él. Cuando se publicaba algo suyo, remiraba a cuantos veía leer el periódico, como diciéndoles: ¡Cuán lejos estáis de creer que este hombre, que miráis indiferentes, es el autor de esos versos que tanto os deleitan! En cambio, su desencanto no tenía consuelo cuando le presentaban a algún individuo y no le oía decir, desecho en pleitesía: «¡Ah! ¿Pero es usted Pérez, el ilustre poeta, el único gran poeta de esta generación?» Porque él creía que todo el mundo estaba obligado a saber que existía un señor Pérez, que componía maravillosas estrofas.

\*\*\*

Poco a poco, la realidad, inexorable, fué truncando su optimismo. Los ahorros del tío acabáronse más pronto de lo que él presumía, y sus geniales producciones no le daban un céntimo. Día llegó en que el hambre acudió con más empuje y frecuencia que la inspiración de las Musas, y entonces sólo ocurríasele loar en prosa villana las excelencias de un buen plato de judías a la bretona. No le apenaba tanto su indigencia como el no poder cumplir la promesa que hizo a sus paisanos de enviarles una buena fotografía, donde apareciese enlevitado, como un gran señor. Era cuestión de amor propio. ¿Qué dirían, si no, de sus resonantes triunfos? Pero la suerte seguía burlándose con saña y acabó por arrojarle al arroyo, privándole hasta del misero lecho hospederil. Entonces el ins-

tinto de conservación hizo una llamada a la dormida voluntad del cuitado, haciéndole ver cuán preciso era amoldarse a las circunstancias.—¡Democraticémosnos!—se dijo.—Buscaré trabajo y aceptaré lo primero que se presente.—Y lo primero que se presentó fué una colocación de cochero en una funeraria. Un poco macabra le pareció la tarea; pero, ¡caray!, más macabros eran, sin duda alguna, aquellos suspiros que su andoruga lanzaba cuando no recibía la visita de los alimentos. Aceptó, pues, y afanóse en cumplir sus deberes como el más esforzado. Y con una estoica filosofía, Carlos Pérez, el que soñaba deslumbrar a las generaciones venideras con el rico tesoro de su numen dedicábase a componer ritulantes estrofas, mientras conducía a la última morada a los que abandonaron para siempre las pompas y vanidades de esta misera vida terrenal...

\*\*\*

La regularidad en las comidas y el ejercicio que, por fuerza, tenía en los menesteres de la cuadra, hicieron que recuperase bien pronto la perdida robustez que trajera del pueblo. Además, las propinas le daban margen al ahorro, con el cual pensaba editarse sus «Iluminaciones». Lo del retrato de levita dejábalo para cuando las cosas se pusieran mejor y los públicos se le rindiesen. Pero la casualidad, que es mala consejera, puso un día ante sus ojos un armario de luna, donde se contempló de cuerpo entero. Y no debió parecerle muy desairado el empaque que con el fúnebre uniforme tenía, porque aquella misma tarde se fué a una fotografía de la Puerta del Sol, para que le hiciesen doce magníficos retratos, que hubo de apresurarse a enviar a los más notables del pueblo, con la siguiente dedicatoria: «Al cumplir mi promesa, os pruebo que la gloria no me hace olvidar a los buenos amigos.»

El efecto que el retrato produjo no pudo ser más excelente. Los pueblerinos creyeron, de buena fé, que Carlos había hecho fortuna y hasta hubo quien le supuso poseedor de un hotel en la Castellana. Comenzaron a escribirle interesándole favores, que no dudaban alcanzar gracias a su influencia. El, por su parte, merced al libre franqueo del Senado, que un periodista amigo le facilitó, a todos contestaba dando por conseguido cuanto le pedían. Su buen tío, que también cayó en el engaño, no cesaba de preguntarle: ¿Cuándo vienes? A lo que él respondía siempre: «Ahora ando muy ocupado. Todo el día me lo paso en coche.»

Al fin decidióse a complacer a «su pueblo» y anunció su próxima llegada. Sus paisanos se creyeron obligados a recibirle con todos los honores y organizaron una manifestación, en la que iba



## ACTUALIDADES

a la cabeza la banda municipal. En brazos de los más entusiastas y a los acordes de una marcha bélica, condujéronle hasta la casa de su tío. Y allí le obligaron a hablar. Salió al balcón y peroró por espacio de media hora, hilvanando las más pintorescas fantasías. Habló de su amistad con los ministros, de su propósito de que se concediese al pueblo una hermosa carretera y un espléndido pantano; y, ya a lomos de la hipérbole, prometió conseguir que los reyes visitaran la cuna del poeta y la otorgasen el título de ciudad. En agradecimiento, las autoridades organizaron un banquete en su honor y hasta pensaron suprimir la fuente de la plaza donde asentábase la Casa Consistorial, para erigirle una estatua. Carlos Pérez estaba en sus glorias. Aquel maravilloso retrato valía tanto como la vara mágica de Moisés. Llegó a creerse una verdadera personalidad. Buena prueba de que lo era, que el boticario no le replicaba ya con agudezas,

sino que, por el contrario, le suplicaba interviniese para la resolución de un asunto que un pariente de su mujer tenía en el Ministerio de la Gobernación ....

\*\*\*

Pero ocurrió que, para malaventura de Pérez, hubo de llegar al pueblo un individuo que conoció al vate en sus andanzas de auriga y descubrió el engaño. Como un solo hombre, levantose el pueblo en sacrosanta indignación. Y con la propia actividad que acudiera a recibirle, congregóse para propinarle la más tremenda silba que oyeron los siglos.

Carlos Pérez huyó. Tuvo pánico al ver la actitud de su «querido pueblo». Pocos días después recibía una carta de su tío, en que le recordaba la memorable frase de un ministro: «A los hombres se les recibe por lo que aparentan y se les despide por lo que valen.

EDUARDO ANDICOBERRI.

## Por un vaso de leche

TOÑUCO, el buenote de Toñuco, yacía inmóvil, tendido sobre un lecho de flores silvestres que manos amigas y cariñosas le habían formado, para mientras se llegaba el instante mas amargo y triste, en que debían ir a entregarlo a la madre tierra, en donde, oculto a las miradas de todos, sería devorado por los gusanos.

El rubicundo Febo, cariacontecido, descendía presuroso de sus alturas para ir a ocultarse también tras las inmediatas y elevadas colinas que circundaban el pintoresco, silencioso y apartado vallecito de Lágrimas; Febo también lloraba la caída de Toñuco en la fosa común, porque ya no le vería mas con su cuma descuajando montes, ya no le calentaría mas en las mañanitas frías, cuando, sentado a la sombra de un anate, cantaba endechas al son de su guitarrilla, para alegrar los campos, o por las tardes, cuando regresaba a la choza, cuidando de su rebaño de cabras.

La noche se avecindaba presurosa también.

Y Toñuco, el hijo de la señora Leona, el mozo más arrogante y simpático de toda la vecindad de Lágrimas, seguía tendido en su lecho de flores silvestres; ya sería la esperanza amorosa de las lindas lagrimeñas, que lo veían, cada una

como de su propiedad! Toñuco, el servicial, el buenote, el sencillo, el querido de todos, estaba, ¡Ay Dios! inmóvil, tranquilo, dormido, allí donde le habían colocado todos y todas. ¡Pobre Toñuco!

La señora Leona que adoraba a su hijo era un mar de llanto.

Junto a Toñuco lamentaba su tremenda desgracia, y con ella lloraban todos los que ocurrían a espiar la rigidez mortal de aquel cuerpo que ha poco era el contento del valle y el orgullo de la madre, la disputa de las lagrimeñas y el amigo fiel de los labriegos.

—¡Seña Leona! se nos fue Toñuco,—decían gimiendo las más sensibles.

—¡Si, hija mía, se me fue mi hijito!—contestaba entre sollozos la desgraciada madre.

La casuca de la señora Leona, al toque de ánimas se hallaba llena de vecinos que, puestos de hinojos, mascullaban oraciones.

Aquello parecía una ermita de valle en día de rosario.

Desocupada completamente la estancia, sólo se veían, en el centro, el lecho de flores silvestres en que yacía Toñuco y cuatro veladoras encendidas que el señor Lucas, el sacristán de la iglesia del cercano pueblecito de Piedraliza, había su ministrado, retirándolas del altar mayo

## ACTUALIDADES

en gracia a la bondad de que siempre dió muestras el difunto y con la anuencia del señor Cura. En una de las paredes de la rústica habitación, se hallaba colocado un cromó en su respectivo marco, que representaba la imagen de la Virgen de los Milagros, venerada en Piedraliza y diez leguas a la redonda, inclusive el valle de Lágrimas, de donde era oriundo el infortunado Toñuco.

Concluido el rezo al toque de ánimas, los sencillos labriegos y las llorosas lagrimeñas se fueron retirando poco por poco hasta dejar a la señora Leona en compañía de dos vecinas y de su Toñuco.

Todos se habían despedido prometiendo volver a la vela, durante la noche.

Una hora después el señor Cura, que a instancias del sacristán y de varios vecinos de Piedraliza, había organizado una procesión en desagravio de las ofensas que hubiera cometido el que en vida se llamó Toñuco, se encaminaba a la choza de la señora Leona en medio de un centenar de hombres y mujeres que musitaban oraciones llevando en las manos rosarios y velas de sebo encendidas; adelante iba el sacristán cargado con un cristo de metal, un hisopo, una naveta y la indumentaria indispensable para cantar responsos.

Los que estaban en compañía de la señora Leona salieron a recibir, también con velas encendidas, a los que llegaban, y la choza quedó completamente llena. Media hora duró aquella fúnebre ceremonia; los acompañantes que vivían en Piedraliza se fueron despidiendo de la infortunada madre, a quien, en su lenguaje rústico, daban su mas sentido pésame; solamente quedaron con ella los vecinos de Lágrimas para velar el cadáver.

El sacristán, señor Lucas, pidió permiso al señor Cura para quedarse a la vela, ofreciendo madrugar a la hora que los gallos cantan, para ir a la ermita a alicitar lo de la misa.

Ya entrada la noche se formaron corrillos dentro y fuera de la casita. Unos jugaban básiga, otros tute, los de aquí narraban casos y sucesos acontecidos al difunto con mas o menos abundancia de detalles, los de mas allá contaban cuentos de aparecidos para pasar el rato, los de adentro musitaban oraciones y los más retirados, algo pasados de licor, rasgueaban una mugrienta guitarra y entonaban cánticos tristes.

Así fueron pasando lentamente las largas horas de la noche aquella, hasta que el alba despuntó en las cumbres de las colinas y Febo volvió a presentarse con su enorme coraza de fuego.

Por contribución popular vino de Piedraliza un sencillo féretro, en el que fue-

la comitiva fúnebre que llevaba en hombros de cuatro fornidos labriegos al infeliz Toñuco, rumbo al cementerio de Piedraliza.

Tres acólitos iban por delante del féretro, atrás el señor Cura iba orando y con el hisopo en mano rociaba, de vez en vez, con agua bendita, el cajón mortuario; alrededor de él caminaban rezando también, rosario en mano, hombres y mujeres de ambas localidades.

Aquel aparato daba la prueba mas palmaria del cariño y consideración de que gozaba, entre los suyos, el extinto.

Se nos había olvidado decir que el valle de Lágrimas distaba de Piedraliza lo mas media hora de camino, si se andaba despacio. De modo, pues, que la comitiva no tardó en llegar al cementerio del pueblo que estaba a la salida en derechura al valle.

Los que conducían el féretro pararon a la orilla de la fosa, abierta para recibir a Toñuco, aquella misma mañana; a Toñuco el buenote y sencillo, al zagal joven y bello, al cantor de endechas tristes, al amoroso hijo de la señora Leona, la del valle de Lágrimas.

El señor cura y los acompañantes oraron un momento mas, en seguida fue rociada de agua bendita la caja y la tierra que la iba a recibir, y los sepultureros pasando por debajo sendos lazos, lo dejaron caer al fondo de la fosa.

Cuando todos tenían la vista fija en el hoyo, una joven, bella como el despuntar de un día de gloria, lanzó un grito y se dejó caer de boca en la concavidad.

El espanto y el terror se apoderó de los concurrentes, sobre todo, de las sencillas mujeres. El señor cura, con tamaños ojos abiertos, quedó suspenso, santiguándose maquinalmente; los acólitos, salieron corriendo con dirección a Piedraliza; el sacristán que nunca había visto semejante cosa, ni lo soñaba ver, cayó con ataques y los sepultureros un poco mas valerosos se lanzaron en pos de la joven que yacía sin vida, tendida sobre el féretro dentro del cual se oían fuertes pataleos.

Los enterradores, aunque sobrecogidos de terror no perdieron el ánimo; uno de ellos con ayuda de los de arriba lograron subir el cuerpo de la joven, el otro se encargó de forzar las tapas del cajón hasta lograr desclavarlo, en el preciso instante en que Toñuco, ansioso de aire oxigenado se agarraba fuertemente del brazo del sepultero que espantado lanzaba gritos pidiendo socorro.

Un instante después Toñuco había recuperado la vida y la libertad; había pasado por un trance horroroso. Un ata-

## ACTUALIDADES

Los hombres que lograron sacarla de la fosa, le tendieron en tierra y todos notaron aterrorizados que tenía atravesado el corazón con un puñal. Se había suicidado en momentos en que echaban la primera palada de tierra sobre el cadáver de su novio. No había podido resistir a semejante desgracia.

¡Le quería tanto!

Diz que el señor cura se negó a prestar sus servicios divinos a la suicida, y que, temiendo un desenlace fatal por completo, se llevó a Toñuco sin dejarle ver el cuerpo de la desgraciada joven.

La señora Leona comprendió la buena intención del señor cura y, con ayuda del sacristán, que ya había recuperado el uso de la razón, se empeñaron en ocultarle a Toñuco lo que ocurría.

Los sepultureros se quedaron arreglando el cajón donde momentos antes había estado el cuerpo de Toñuco, colocaron en él a la suicida y la llevaron a la Sala Consistorial de Piedraliza, en donde la amotajaron y la velaron sus familiares y los alguaciles.

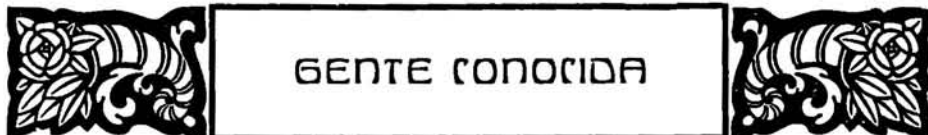
Quince días después, cuando ya los ánimos se habían calmado, el sacristán leía al señor cura un número de "La Prensa" de la capital, en que aparecía esta crónica:

"En el apartado valle de Lágrimas, en jurisdicción de Piedraliza, ha ocurrido recientemente un tremendo drama pasional. Una joven, muy agraciada, se suicidó partiéndose el corazón con un conpuñal y tirándose a la fosa en los precisos momentos en que daban sepultura al cadáver de su novio; éste, que había sufrido un ataque cataléptico, volvió a la vida cuando su apasionada novia se despedía de la suya."

—Pero aquí, señor cura,—agregó el zorro del sacristán apartando la vista del periódico y componiéndose las gafas,—el señor cronista se olvidó de escribir que el pobre Toñuco sufrió el ataque famoso que lo puso en la mismísima fosa, porque la difunta Pepilla le había dado un disgusto con no aceptarle un vaso de leche de la mas gorda de sus cabrillas.

A. RAMIREZ PEÑA.

San Salvador.



Ricardo, joven gallardo,  
a cazar liebres se entrega  
en una vega del Pardo,  
y nunca sale *Ricardo*  
de la Vega,

Tiene la voluble Leda  
tan dominado a su amor,  
que si con voz suave y queda  
dice:—¡Rueda, Salvador!—  
gustoso, *Salvador Rueda*.

Sinesio era gordo  
pero, por su mal,  
se casó con una  
muchacha ideal.  
Ella estaba flaca,  
pero ya ha engordado,  
y en cambio se encuentra  
*Sinesio Delgado*.

Un vate modernista así decía  
en un rapto de glauca poesía:  
—¡Oh inmaculados pensamientos míos,  
como la arena *Blanca de los Ríos!*

Como hace un mes no me escribes,  
*Amadeo*. nienso vo

Son Luis y Felipe  
dos buenos amigos  
que a la agricultura  
se dan con ahinco;  
Luis siembra Cebada,  
y *Felipe, Trigo*.

A Burgos se marchó el lunes  
Carmen con su esposo Lucio,  
y el miércoles con su primo,  
se escapó *Carmen, de Burgos*.

—Ya llegaron ¿no lo sabes?  
los hermanos Albarrán:  
Pepe, del Valle de Andorra;  
Lucas, del Valle de Pas;  
Manuel, del Valle de Mena,  
y *Ramón del Valle Inclán*.

—Yo sé, Rodríguez, que a ti  
te gusta Pura Martínez.....  
¡Vamos, de ti para mí,  
seamos *Franco, Rodríguez!*

ENRIQUE REOYO.



# Actualidad Universitaria



## Solemne Sesión Pública

EL domingo 10 de los corrientes, a las 9 a. m., tuvo espléndido verificativo una interesante sesión pública en el paraninfo de nuestra Universidad Nacional, ante numerosa y distinguida concurrencia, encabezada por el Excelentísimo señor Presidente Meléndez, los Honorables señores Ministros de Estados Unidos de Norte-América, Guatemala y Costa Rica; el señor Rector y los señores Secretarios de la Universidad y de las distintas Facultades, numerosos académicos, altos empleados, estudiantes etc. etc.

Cumpliendo con el programa, ocupó primero la tribuna el distinguido profesor doctor don Salvador Rodríguez González, quien a guisa de extensión universitaria en su cátedra de Derecho Internacional, leyó un interesantísimo y bien meditado y documentado estudio en que desarrolló amplia y concienzudamente este importante tema: *Influencia del Descubrimiento y Conquista de América en el Derecho Internacional Marítimo*.

Hizo remontarse al selecto auditorio hasta los orígenes más remotos del Derecho Internacional, y supo encontrar argumentos formidables, resplandecientes de verdad y sancionados por siglos de prácticas y experiencias de los pueblos civilizados, en apoyo de la tesis, de palpitante actualidad, de que *nuestro Golfo de Fonseca, cuya condición territorial es indiscutible, pertenece pro-indiviso a El Salvador, Honduras y Nicaragua, sin que ninguno de dichos países pueda disponer de todo o parte de él, contra el parecer y la aquiescencia de otro o de los otros, sino cometiendo una violación de inalienables derechos adquiridos*.

Durante una hora mantuvo a los oyentes escuchando su palabra fácil, erudita y correcta, con la mayor atención; y tras la florescencia de hermosos períodos y de frases bien cinceladas, en que resplandecían el saber, la convicción, la santidad de la causa, la voz de la justicia immanente y el grito airado de un patriota clamando con todo el ardor de su alma por los fueros de su patria, si-

ronado por entusiastas felicitaciones, en las cuales cada uno parecía querer para sí la prioridad en cuanto al reconocimiento del alto valer de ese trabajo, tal vez el mejor de nuestro reputado internacionalista.

Después subió a la tribuna el modesto sabio doctor J. Samuel Ortiz, quien no obstante ser muy apreciado por su erudición, supo dar una grata sorpresa a muchos por la facilidad y la galanura de su lenguaje, la profundidad de sus observaciones, la justeza de sus deducciones filosóficas y la amenidad sustanciosa de sus picarescas comparaciones y de las cáusticas analogías señaladas.

Casi el mismo tiempo tardó deleitando al público y enseñándole a la vez algo de lo mucho que abarca el tema escogido por él: «Curiosidades de la Historia Natural», acerca del cual bien habría podido hablar el día entero, siempre revisitando del mismo interés y amedida su frase castiza, salpicada de locuciones y citas latinas, su improvisación tanto más fácil cuanto que es inmenso el tesoro de sus minuciosos estudios, de sus incesantes observaciones en que resplandecen la admiración profunda por la naturaleza, como obra maestra del Supremo Hacedor, y la ferviente adoración, la inquebrantable fé en el Dios Todopoderoso, a quien rinde en todos los momentos de su vida el culto de un verdadero cristiano.

Ojalá que su vasta memoria le permita trasladar al papel tan hermosa e interesante conferencia, para que la conservemos como una gallarda muestra de su valer mental y para que ambos estudios digan a los apáticos la significación, el alcance y la trascendencia de esos torneos del talento y del saber con que nuestra Universidad, estimulada ventajosamente por su Rector nato doctor Víctor Jerez, se empeña en agrandar y embellecer los horizontes del espíritu de cuantos sientan el aguijón que nos mueve a empeñarnos por salir de las ignominiosas tenebrosidades de la igno-



# Desde la Puerta del Cielo



DE Porta-Celi se llama, y justifica su título el paraje. Así, el eco de estas próceres montañas podía repetir solemne, con alta gravedad, aquellas palabras de Jacob: «verdaderamente esta es la casa de Dios y la Puerta del Cielo.»

Asilo venerable, sereno refugio, abrigo cierto contra todos los embates del vivir. Diríase que en este rincón de la tierra acaba el mundo y empieza la vida inefable de la bienaventuranza. Los cartujos eran unos ascetas que poseían como nadie el secreto de la verdadera vida. Allí, donde la Naturaleza buscaba un recoveco del planeta para esconder el tesoro de sus más grandes bellezas, allí acudían los monjes, para poseerlo a su albedrío.

Vista desde el llano como una azucena que destaca su albura sobre el sombrío tapiz del verdor de la montaña, parece florecer tan alta aquella mancha blanca. Ya en la Cartuja, asombra todavía el espectáculo de las cumbres que se yerguen detrás. Si el viejo monasterio es como un nido de águilas, estas cúspides son como asiento de dioses. Hallarse en estas cimas es encontrarse cerca de la divinidad.

Si desde el monasterio se mira a la lejana llanura, se ven los hombres muy pequeños, tanto como realmente son. Si desde la vera culminante se tiende hacia abajo la mirada, ya no se alcanza a ver las gentes, ni aun en su pequeñez. Si algún rumor llega al oído, es el del arpa del pinar que vibra al viento. El ruido irritante de la carreta humana, que camina arrastrada por la estupidez, no sube hasta tan arriba. El hedor bestial de ese que se llama nuestro prójimo, se quebranta y se pierde ante el supremo pebetero de aquel campo que roza con sus matas de olor la seda azul del fir mamento.

Allá abajo, en aquel suelo histórico, se han reñido batallas sangrientas y han gritado con todo su coraje la ambición y la libertad. Unos espléndidos olivos son los que se alzan triunfales allí donde caían príncipes y caudillos, santos y sabios, prelados y magnates; aun pontífices y reyes acudían a este lugar de quietud y de retiro, donde la vida hacía un remanso y se detenía la Historia.

Pedro de Luna, el férreo Benedicto XIII, tomaba fortaleza y templaba su ánimo excepcional al contacto con esta naturaleza bravía, como Atenea cuando te-

reinos, como San Vicente Ferrer, el dominico de fuego tribunicio, traía también alguna vez a templar su alma encendida en este paraje, que era testigo de las virtudes de su hermano. Hombres insignes que habían ostentado las mayores dignidades de la tierra, venían a encauzar aquí la suprema humildad. Y aun hubo luego tiempo, como en el del beato Juan de Rivera, en que juntábanse tres píos varones, que alcanzaron pronto en los altares, cuando a más del bienaventurado arzobispo y virrey, acompañábase en las visitas que frecuentemente hacía a este lugar, San Luis Beltrán y el beato Nicolás Factor. Venía su excelencia en una carroza solemne, tirada por mansas mulas, y una larga fila de monjes blancos bajaba a recibirle en el camino de los cipreses. El marqués de Malpica, su pariente, llegaba también con el Patriarca, cuyos ropajes de sedas carmesíes se tornasolaban a la luz de la tarde, que llegaba vercosa por el tamiz de la pinada. La campana de la cartuja le saludaba sonora mientras el santo prelado cambiaba la paz con el prior.

Felipe III, hijo espiritual del beato, llegó a este lugar en una fecha de amor: cuando sus bodas. Y como parecía propio para príncipes, aquí fué donde, una vez, llegó Alonso Cano a buscar asilo en estas soledades y a encontrar en la Naturaleza y en el arte el refugio que había menester contra la justicia humana. En la vida del gran artista había un tenebroso drama al rededor de la muerte de su mujer.

Cobijo de las almas que anhelaban estar más cerca del cielo que de la tierra, había de ser hasta los últimos días de su historia este quieto recinto. No es posible pasar por estos claustros, ni contemplar estas montañas, sin recordar al padre Arolas, aquel gran poeta, el primer romántico español, el hermano mayor de Espronceda, el genio desventurado que aquí tanto sufrió y aquí arrancó de su estro los acentos más bellos. Con los ojos hacia este cielo, en las noches calladas, era cuando él veía a la mano de Dios escribiendo su símbolo con signos de estrellas.

Y Arolas, el escolapio, perseguido y tenido por loco, cantó aquí la leyenda de la celda del sacerdote. En la

## ACTUALIDADES

*fraile*, donde se supone que encerraron al monje, hasta cuya celda venía por la altura del acueducto, en tormentosa noche la dama enamorada, como una Hero que fuese a su vez en busca de Leandro. Arolas inmortalizó la tradición en su poema donde, con una gallardía no igualada por poetas seculares, entonó un canto briosísimo al amor y a la libertad.

¡Porta-Celi! ¡Puerta del cielo! Aquí se siente impávido nuestro ser, y parece que nuestros pies no rozan con el suelo. Hay en la bibliografía española un libro hartamente interesante y curioso. El tudesco Enrique Cock, arquero de la guardia real de Felipe II, escribió cierta famosa relación de un largo viaje del rey. Cock, gran viajero y observador, aprovechó la

estancia del Monarca en Valencia para subir a Porta-Celi y gozar de su vista. La frase con que designa a este paraje aquel extranjero, que tantos rincones de Europa conocía, define el sitio con una sencillez digna de Garcilaso. Dice de él que es un «lugar bien deleitoso y solitario.»

Un clásico, un místico, el mismo San Juan de la Cruz, no lo hubiera dicho tan justa y bellamente como aquel soldado alemán. «Lugar bien deleitoso y solitario.» ¡Oh, dolor de pensar que será preciso bajar alguna vez a la llanura, y, tornando desde la puerta del cielo, entrar otra vez en el mundo de los hombres!

PEDRO DE RÉPIDE.

Cartuja de Porta-Celi.



DE LA GUERRA

### EN EL TRENINO



LA ofensiva austriaca en el Trentino, me hace recordar una excursión a uno de los sitios más interesantes de la lucha.

Habíamos partido de Verona a las cuatro de la mañana, para Vallarsa. Tenía como compañeros de viaje al simpático y bullicioso colega Gino Piva, del «Resto del Carlino», de Bolonia, y al amable caballero Colombi, de la «Gaceta de Lausanne». Conducía el automóvil un joven muy vivo, un boloñés, que había recorrido la Europa y se proponía acompañar a Piva en un viaje al frente. Gracias a su habilidad, a su sereno valor, nos fué posible llegar a alturas inverosímiles, por caminos llenos de peligros. Y *Kara-Kiri* como llamábamos al intrépido chauffeur, quiso llevarnos a la línea extrema, allí donde el camino ofrecía los mayores riesgos; y además, cerca estaban los austriacos, le decíamos. *Kara-Kiri* sonreía incrédulo. Si lo hubiéramos dejado, habría lanzado el automóvil a toda velocidad hasta Roveretto.

Llegamos hasta una distancia menor de tres kilómetros de Roveretto. Los italianos cercaban la ciudad de Rosmini, y ocupaban Zugna Torta, al otro lado del Adige. En esa áspere región había en la montaña, un trozo de camino que, por tácito acuerdo, rara vez era cañoneado. De día iban allá, en observación, los italianos, y de noche los austriacos. Todo el torno era silencio, un silencio profundo, roto apenas por el rumor del Adige, que corre impetuoso bajo Zugna Torta. Parecía ese uno de los rincones

—Pero esto es un veraneo, no es la guerra, digimos viendo a algunos oficiales, que contestaron con ironía:

—Sí, un veraneo con música. Todos los días, de 6 a 7, la orquesta funciona magníficamente.... Si pudieran ustedes quedarse hasta la noche sentirían y verían las alegrías del veraneo. Este punto es uno de los que Austria quisiera poseer, para irrumpir en la llanura. Y por aquí atacarán seguramente.

Así ha sucedido, en efecto, los oficiales tenían razón.

Después de un espantoso huracán de artillería, el 19 de mayo la infantería austriaca inició el ataque, en masas compactas, precedida de banderas, con sus comandantes a caballo. Los jefes habían dicho a los soldados que era el avance sobre el Pó, para llegar pronto a Milán, Verona, Vicenza, Venecia.... ¿Por qué no hasta Roma?

Los austriacos tenían orden de avanzar a toda costa sobre Zugna Torta. Improvisaron sobre el Adige pasarelas que la artillería italiana destruyó fácilmente. Pero el bombardeo recomenzaba, furioso, rabioso, sembrando la tierra de proyectiles, cambiando el color de los prados, arando la tierra, pulverizando todo.

Después, la ráfaga de fuego cesó, y los austriacos, renovando la táctica de los alemanes delante de Verdun, avanzaron en masas compactas. Los italianos no se movían. El avance de los austriacos continuaba: más. de pronto se oye

## ACTUALIDADES

te veces fueron rechazados. Al fin, los pocos defensores de Zugna Torta, en vista de que al enemigo le llegaban nuevos refuerzos, se vieron obligados a replegarse sobre Coni Zugna, dejando las pendientes de Zugna Torta llenas de cadáveres enemigos....

Ante la realidad de los hechos, y los detalles de la trágica lucha que se ha desarrollado en Zugna Torta, cerca del Adige, mi mente no cesa de evocar los diversos cuadros de vida plácida y tranquila que tuvimos oportunidad de ver durante nuestra excursión a Vallarsa.

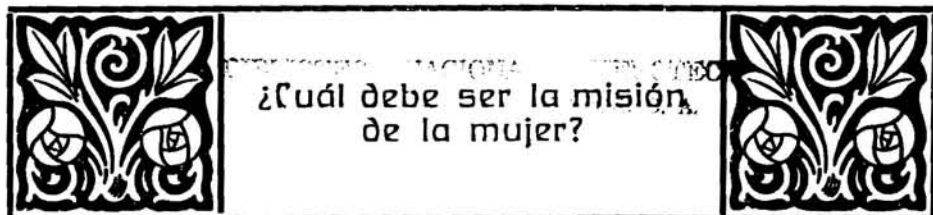
Todavía veo al rubicundo barbero de Pian delle Fugazze, que quiere ser retratado en medio de sus clientes, lamentando que las condiciones de luz no permitan reproducir el cartel de su barracón: «Se afeita gratis.... a los austriacos.» Veo a los tranquilos territoriales que cuidaban los depósitos, los zapadores

que abrían caminos; veo el paisaje encantador, de vida y no de muerte.... Recuerdo un gran puente destruido por los austriacos durante el avance de los italianos que lo reconstruyeron y que quizá ahora ha sido de nuevo destruido. ¡Extrañas vicisitudes de la guerra! Después, el perfil de un centinela que asoma sobre una barraca y abajo, un grupo de soldados pelando papas. Único indicio de guerra, una pared agujereada por los obuses.

Calma, tranquilidad, por todas partes. Nadie diría al contemplar estos lugares sosegados e impregnados de paz, que son el teatro mismo de la tragedia.

Ahora, en cambio, esos sitios que ví callados serán seguramente un infierno. ¡Qué cosa horrible es la guerra!

RAFAEL SIMBOLI.



*El Dr. Juan Antiga, autor del presente trabajo, ejerció su profesión de Médico y Cirujano en esta capital salvadoreña, el año de 1896, y durante su corta permanencia entre nosotros, conquistó muchas simpatías. Restablecida la paz en su patria, Cuba, allá se fué el talentoso y culto amigo a quien, al reproducir su importante artículo, le enviamos un cariñoso saludo.*

Lo que la mujer quiere  
Dios lo quiere.—*Proverbio.*

EDUARDO Earle Purinton es un notable escritor anglo americano, cuyos trabajos, generalmente de estudios psicológicos, me han llamado mucho la atención. Uno de ellos, publicado en el periódico *El Naturopata*, mereció los honores de ser comentado por varias revistas europeas, y su título *El Trabajo de la Mujer*, revelaba con su actualidad ocuparse de uno de los problemas que más afectan e interesan en lo íntimo de su desenvolvimiento a la sociedad moderna. En este artículo inspiró el mío, usando sus ideas, aunque al traducir muchas de ellas las vista con el ropaje de nuestra hermosa lengua castellana, pero débole el tributo a su reconocida primacía, aceptando las responsabilidades del arreglo y las intromisiones de mi atrevimiento al entrar en el campo ajeno, sosteniendo tesis y doctrinas con las cuales me siento en absoluto identificado.

Lo que se ha llamado el «feminismo» se ha estudiado desde infinitos puntos de vista; y aunque hoy se encuentra en su período de «aguda crisis» en ciertos países, sin embargo, ha existido latente en todas las épocas y en todos los pueblos. La manifestación modernista «revolucionaria», por decirlo así, tiene en el fondo una intensísima razón de orden económico, pero siempre, eternamente, «si el mundo se ha movido, ello depende de cómo la mujer aspira y cómo se ha revelado en el sentido que ella ha querido para obtener la realización de sus aspiraciones.»

Podrán los hombres convencerse como clase de haber conseguido los grandes progresos que prestigian la raza; querrán llamarse a sí mismos «el sexo fuerte» y considerarse «dueños y señores de todo lo creado.» Ellas, a pesar de tales arrogancias, sonríen calladas y serenas. Saben perfectamente que ocupan en la vida de la comunidad un puesto más elevado que el de seres vivientes que co-

## ACTUALIDADES

men, beben y trabajan. Cuando ellas duermen, el mundo se adormece. Ahora que comienzan a despertar, el mundo inicia una nueva y completa transformación.

La guerra entre los sexos ha existido siempre; pero no se había presentado la oportunidad de manifestarse. El hombre había logrado adquirir las mejores posiciones; pero la mujer no se conceptuó nunca definitivamente derrotada. Ha tenido suma paciencia para esperar; tiene la confianza y la seguridad de su victoria, y ésta se puede considerar moralmente conquistada. Los hombres pusieron su confianza en el músculo y en el cerebro, crearon un derecho unilateral, rebajaron el concepto social de la mujer, la aislaron, la empujaron por todos los medios y contra la indefensa y desvalida utilizaron todas las desventajas y prerrogativas de la más franca tiranía. Ante este duro granito de convencionalismos establecidos, de las tradiciones respetables, la mujer instintivamente cambió de táctica. Lo que no podía vencer por la fuerza lo lograría por la delicadeza y por el tacto. Contra la objetividad masculina ensayaría la subjetividad femenina, contra las rudezas del carácter y el poderío de la fuerza bruta, las sutilezas y finuras de su alma plétórica de afectos y emociones.

Y que ha ganado inmenso terreno lo demuestran a diario las protestas de los hombres contra los desmanes, violencias, atentados y locuras que realizan las sufragistas inglesas. Ellos son los primeros en sentirse humillados por los métodos que emplean esas neuróticas para conseguir del Parlamento, derechos públicos de orden político, y sus más preclaros hombres de Estado no se esconden para manifestar que esperan un poco de calma y de reacción para concederles lo que legítimamente piden y les pertenece, retrasado tan sólo por la realización de esos actos contrarios al buen sentido, productos de cerebros profundamente perturbados.

En verdad que resulta curioso el fenómeno que se opera en la gran mayoría de los hombres frente a las demandas lógicas de la mujer, y a su actitud de rendimiento al iniciar simplemente sus pretensiones. Pocos, muy pocos son aquellos que las resisten y combaten teóricamente. Hoy se aprecia como nunca la ternura, la pureza, la bondad y otras cualidades femeninas, como en ninguna época de la historia. La acumulada devoción de incontables generaciones de madres, ha desenvuelto sentimientos universales, cuyos efectos y repercusiones se sienten palpitar en todos los corazones. La transformación del aprecio del hombre por la mujer, además del tácito reconocimiento a su belleza física, ha tomado nuevos derroteros de moralidad y espiritualidad, y

la antigua esclava del sexo es proclamada, con el respeto y la consagración de un ideal, como la reina del hogar, la madre de los hijos, la compañera de penas y alegrías, en el áspero camino de la vida.

Pero ella no se ha conformado ni se conforma con este acatamiento y avanza decidida en otros campos de aspiraciones, hasta ahora libres de competencia para el hombre, creyendo con justicia que está capacitada tanto o más que aquél y dispuesta a la prueba de los hechos y del estímulo. Hasta ahora, era reina; en lo adelante, pretende bajar del trono y expresarse como se cree y se siente apta para el trabajo, digna de ser estimada en las luchas honestas y leales, respaldada por los antecedentes de los éxitos obtenidos por otras mujeres y dispuestas a hacer, igual o mejor que el hombre en determinadas profesiones, lo que el deber le señale. Elena Gold, la viuda de Sage, Marta Abreu de Estévez, en la distribución de su riqueza con caridad inagotable; Ella W. Wilcox, como escritora; María B. Eddy, como filósofa; Ella F. Young, y la Montessori, como pedagogas, y otras miles en una simple generación, constituyen prueba concluyente de su capacidad. Ya no hay argumento positivo ni racional para cerrarles ninguna puerta a su actividad desbordada. Dígalo en Cuba el espectáculo que se presenta en nuestra Universidad, contemplando el afán, la dedicación y la constancia de un numeroso grupo de señoritas que se dirigen a las clases de las diferentes Facultades en busca de un diploma de Doctora, que es a la vez provecho para ellas y título de honra y de gracia para la patria.

A mí me encanta sobremanera que se haya despertado en la cubana esta manifestación de su feminismo en una dirección intelectual y de alta cultura, porque conseguido este triunfo fácil será avanzar más adelante para conquistar progresos para la mujer en el mundo del comercio y de la industria. Yo desearía estimular a la mujer médica. ¡Quién como ella para comprender la delicadeza de las organizaciones femeninas, sus aspectos psíquicos, sus nerviosidades constantes o pasajeras! ¡Solo a una mujer debían permitírsele reconocimientos en personas de su sexo! ¡Y cuántas veces por evitarlo sufren las enfermas de trastornos serios, viéndose obligadas al fin a pasar por tan penoso trance, cuando ya la necesidad o la demanda de los familiares obliga a su complacencia!

También me complazco al conocer la mujer abogada. Los hombres cuando son justos o creen serlo, adolecen de ausencias de simpatías por los débiles y por los vencidos. Los casos relacionados con el matrimonio, la legitimación, el



## ACTUALIDADES

El médico no supo ciertamente descubrir su enfermedad, aunque examinó muy detenidamente, encontrando apenas en el pecho y en la espalda de la niña muerta dos minúsculas picaduras rojas. Nada más se pudo averiguar y sobre su tumba pusieron lirios.

El balcón donde yo acababa de referir a Alicia la historia había sido ya invadido por la noche. Sobre nuestras cabezas brillaban, solemnizando la paz grave de la sombra, los siete mundos de Orión. El viento pasó diciendo algo que no era evidentemente para nosotros. Bruscamente comprendí que acababa de despertar un alma. ¿Con qué derecho? ¿Nó sabía perfectamente que la virginidad es nieve, nieve en lágrimas? Y buscaba sin resulta-

do un epílogo vulgar que absorbiera la emoción de mi historia, cuando allí, muy cerca, Alicia, ya invisible, borrada por la noche:

—¿Y Alberto...?—dijo.

Una esperanza consoladora brilló en mi espíritu.

—¿Alberto?

—Alberto, sí, ¿qué hizo después?

Las estrellas, impasibles, miran.

—Alberto continuó viviendo con la abuela, muy contento, aunque lamentando que su colección hubiera perdido una mariposa.

—...¿una mariposa?...

LEOPOLDO LUGONES



### EL ULTIMO HAREM



#### Capítulo del libro «La Verdad sobre el Harem.»

EL día en que el Sultán Abd-ul-Hamid fué destronado y su interminable reinado de 33 años dió fin, a su vez también tocó a su término el Harem en el Imperio Otomano es decir, por lo menos el Harem tal cual el público lo creía, y según lo que se ha leído en los romances y leyendas de Oriente, como «Las mil y una noches», etc., etc.

El Sultán de Turquía gozaba, antes de la proclamación de la Constitución, de un poder ilimitado.

El era el amo absoluto de sus súbditos, así como de sus bienes.

De acuerdo con una concepción mística, el Sultán se encontraba por encima de las leyes. De ahí que el principio del matrimonio, como lo conciben los musulmanes, no podía aplicarse a él. Por consecuencia, el Harem imperial era una institución aparte, completamente distinta al núcleo de la sociedad.

El Harem del Sultán se pobló de esclavas blancas compradas en el extranjero; la mayoría estaba compuesta por hijas de la Circasia y de la Georgia, que, como se sabe, están reputadas de ser las mujeres más hermosas del mundo.

Abd-ul-Hamid, al descender del trono, dejó cerca de 400 mujeres en su Harem.

Las había de todas las edades, muchas aún que permanecían en él desde el advenimiento del Sultán al poder; por otra parte, había también más de 60 vírgenes.

Ya contaré más adelante cómo estaba organizado este fabuloso Harem...

La noche en que el Parlamento de los jóvenes turcos le notificó su destitución del trono, se le retiró su guarnición establecida en el Palacio de Ildiz, y su serrallo, que era un verdadero hormiguero de gente, se vió convertido en un desierto, quedando por toda población las mujeres y los eunucos. En esa misma noche el Sultán sintió por primera vez el peso de la soledad abandonado por todos, destituido de su soberanía, entre la ansiedad enorme que reinaba en los habitantes del inmenso palacio. La noche era sombría, y el silencio profundo convertía esa estancia en un antro lúgubre.

De repente, a eso de las diez, se sintieron pasos de caballos y el rodar de carruajes que montaban la colina de Ildiz-Kiosk. El Sultán, inquieto, corre a su ventana para ver lo que ocurre; pero la obscuridad de la noche era grande y no pudo darse cuenta de nada, cuando oyó el galope de un caballo y el sonar de un sable y un hombre que al saltar a tierra decía al jefe de los eunucos, que había salido a su encuentro:

—Llevadme ante vuestro amo; tengo una misión urgente que comunicarle.

—¿De parte de quién?—preguntó el jefe de los eunucos.

—De parte del comandante en jefe.

—Yo creo que su majestad reposa...

—Despertadlo, y además, ya no hay majestad aquí.

—¿No podéis comunicarme a mi vuestra misión?

—Nó, porque el reinado de los eunucos ha concluido también... felizmente

—y en un tono imperativo le ordenó la ejecución de su orden.

## ACTUALIDADES

El jefe de los eunucos entró precipitadamente en el palacio, y después de un instante volvía a salir, invitando a entrar al joven oficial. Este, por exceso de respeto, se quitó el sable y entró. Era el comandante Fethy Bey, uno de los héroes de la revolución de los jóvenes turcos; de apariencia afable, pequeño, delgado y de maneras suaves, en su persona no revelaba nada de aspecto militar, pero en el ejército turco no había un oficial más decidido ni más valiente y de una sangre fría poco común.

Con paso decidido entró en el salón donde lo esperaba el Sultán destronado. Este estaba en *robe de chambre*, y con sus dos manos en los bolsillos, porque Abd-ul-Hamid tenía por costumbre llevar en cada bolsillo un revólver cargado y era un excelente tirador.

Luego, después de un saludo militar seco y respetuoso, Fethy Bey le dijo:

—Estoy encargado por el comandante en jefe del ejército de llevar a Su Alteza esta misma noche a Salónica.

A estas palabras, Abd-ul-Hamid, con ojos azorados y pálido, preguntó:

—¿A Salónica? ¿Y por qué, qué he hecho yo para desterrarme así? ¿Por qué no me dejan trasladarme al palacio de Beylerabey, que ocupó mi hermano Murd 30 años después de su destronamiento hasta su muerte?

—Alteza —respondió Fethy— yo no puedo responderos ni discutirlos; yo soy simplemente un militar que debe obedecer y cumplir su misión.

—Y si yo no aceptase partir ¿me llevaría usted por la fuerza?

—En ese caso, debería consultarlo con mi jefe; pero me permito hacerlos observar que si el comandante en jefe desea alejarlos, es porque hay un peligro para vuestra vida, y si el sol de mañana permitiera veros aún aquí, no habría poder humano que lograra substraeros de la cólera del pueblo enfurecido. Nadie entonces podría responder de vuestra vida.

Fethy, conociendo el miedo legendario del viejo Sultán, lo tomó por este lado, y curó el mal con el mismo mal.

Ante este nuevo peligro inmediato, Abd-ul-Hamid se queda pensativo y pregunta:

—¿Y quién responde de mi vida entre tanto?

—En cuanto a eso, responderemos todos nosotros; vuestra vida será sagrada, y os doy toda la seguridad y la palabra de honor de un oficial otomano.— Y Abd-ul-Hamid, ya repuesto, preguntó:

—¿Y cuándo debo partir?

—Al instante. Hay un tren especial con los fuegos prendidos; no hay que perder un instante, y sobre todo, no hay que dejar que el día llegue y os encontréis aquí todavía.

—¿Y mi Harem?

—Quedáis autorizado para elegir *doce mujeres para acompañaros*.

Abd-ul-Hamid preguntó indignado:

—¿Doce mujeres solamente? ¿Qué quiere usted que haga yo con doce mujeres? . . .

Fethy, que había estado mucho tiempo agregado a la embajada otomana en París, no pudo dejar de sonreírse al oír a ese viejo de 70 años quejarse de verse sometido a una pequeña ración de 12 mujeres mientras que una sola es a veces suficiente para causar la felicidad o la desgracia de un hombre. . . ; y como ese viejo soberano destronado continuaba lamentándose, Fethy Bey, con el fin de concluir con esta escena, le dijo:

—Alteza, si véis que esa cantidad no colma vuestros deseos, podréis reclamar; y yo no creo que se nieguen a vuestro pedido; pero el tiempo pasa, y es necesario partir. . .

Una hora después se vió en la noche profunda un cortejo lúgubre que abandonaba el palacio.

El ex Sultán ocupaba un landeau, en el cual iba también la Sultana favorita. Escoltaba el carruaje, a caballo, Fethy Bey mismo y doce landeaus más llevaban a las otras doce mujeres elegidas y a los eunucos. . .

Yo no he llegado nunca a saber cómo la elección se hizo: si fué por suerte o por elección. . . ; lo más interesante era el estado de ánimo en que se encontraban las mujeres, que jamás habían transpuesto el umbral del palacio, donde estaban encerradas como pájaros enjaulados.

Al llegar al puente viejo y carcomido que atraviesa el Cuerno de Oro, Fethy Bey, temiendo que éste se desplomase, ordenó se espaciasen en distancia los carruajes, no respirando hasta que hubo llegado a la estación, haciendo subir al ex Sultán a un vagón que le había sido reservado de antemano. Las mujeres fueron acomodadas en otros vagones, y cuando todo estuvo ya listo, Fethy Bey dió la señal de partida, desgarrando el silencio de la noche el silbato de la locomotora, resultando un ruido atronador al confundirse con los gritos de horror que daban las mujeres.

Fethy Bey, inquieto, tuvo que acudir para ver lo que pasaba. Era simplemente el terror que esas pobres mujeres experimentaban al ver, por primera vez en su vida, un vehículo de esa naturaleza, y que al ignorar el medio de locomoción, creían ser arrastradas a esa velocidad vertiginosa por algún espíritu, o por el diablo en persona, lo cual motivó el espanto de que eran presa y les hacía dar gritos espantosos, siendo necesaria toda la energía del jefe de los eunucos para poderlas calmar.

## ACTUALIDADES

Una vez en Salónica, el ex Sultán fué instalado en la Villa Allatini, soberbio palacio, rodeado de un gran parque, y situado al borde del golfo Azul en el

Foto: Rey fué encargado de la vigilancia, enviando diariamente al gobierno de Constantinopla un parte telegráfico, al cual agregaba invariablemente todos los días: «El ex Sultán se lamenta amargamente de que no se le haya permitido traer de su Harem más que doce mujeres».

Un día que su reclamación había sido más apremiante que de costumbre, el Cheih-ul-islam, en el consejo de ministros, exclamó:

—¡Por Alá, que se le envíen otra docena de mujeres y que nos deje en paz!  
—Entonces se le mandaron otra docena, lo que aún le pareció poco, llegando a reclamar nuevamente, a lo que se le contestó que debía contentarse con lo que tenía, y que no se le mandarían más. Entonces, viendo la negativa de mujeres, reclamó su gato de Angora, que habla

sido olvidado con la precipitación del viaje, encargándose a un soldado de llevar el animal y volvérselo a su dueño.

¿Y las otras mujeres, se pregunta uno, qué ha sido de ellas?

Pues bien: se las dividió en dos categorías, decretando una pensión a las ancianas: las cuales fueron repartidas en los diferentes palacios de la familia imperial, y en cuanto a las vírgenes y a las jóvenes, fueron instaladas en el viejo serrallo, autorizando a los altos funcionarios del Imperio para elegir a su gusto y casarse con ellas.

Naturalmente, cada uno tenía derecho a cuatro, de acuerdo con la ley; y aquí hago notar, de paso, que yo me encontraba entre la categoría de altos funcionarios del Imperio, y que en esas circunstancias me hallaba en Constantinopla, no habiendo aprovechado la ocasión... (1)

EMIR EMÍN ARSLÁN.

(1) Hemos creído conveniente cortar aquí la transcripción del capítulo. Téngase en cuenta que «La verdad sobre el Harem» es una relación fiel de costumbres que chocan con la moral europea.



### LA AUTORIDAD Y LA PERSUASION



Si llegase a ser moda el colocar en el umbral de nuestras casas un altarcito doméstico donde lindas estatuillas representasen el amor, la alegría, la fidelidad, la infancia feliz, la sonriente maternidad, querría que se colocase en primer término, entre tales símbolos y fetiches, a la pequeña diosa Peithó. ¿Por acaso ignora usted, señora, quien es la diosa Peithó? Griega es, y un tanto pariente de la sabia Athenea, y pariente más próxima de Aphrodita. Hasta la creo aliada de las Musas y las Gracias, y amada de todos los dioses y de los hombres, porque es ella a un tiempo hechicera y poderosa. Su nombre significa Persuasión, y por atributos tiene cadenas de oro. ¿Nó halla usted que una imagen de la diosa Peithó sería, entre las divinidades protectoras de la mujer, más agradable a la vista que un elefante blanco?

El arte de persuadir, señora, es indispensable a las débiles criaturas a quienes la ley coloca frente a los hombres en un estado de dependencia. El arte de persuadir permite a la esposa obediente conducir a su marido a donde ella quiere, —¿por la nariz, dirá usted?... No, señora; sería eso en verdad muy vulgar, y hasta muy fácil, me atrevo a decir, —donde ella quiere y como ella quiere, que es, bien entendido, para felicidad del hogar, dejando al esposo la autoridad que se imagina poseer.

Los franceses, que son los peores o los mejores maridos, poseen teorías excesivas

en materia de autoridad conyugal. Desde el tiempo de los romances se burlan del marido benévolo y de la mujer que «lleva las calzas». Acordes están nuestros viejos autores en deplorar la inconveniente ambición de las damas que desean ser dueñas de la casa. Moliere hace decir a Chrysale:

*“Del lado de las barbas se encuentra todo el poder”.*

Y Martina responde:

*“No debe la gallina cantar antes que el gallo”.*

Es, pues, un sentimiento nacional, un sentimiento hereditario el que persiste en cuentos y refranes y hasta encuentra apoyo en el mismo Código. Sin embargo, señora, ¿nó está usted de acuerdo en que las costumbres han restringido singularmente el efecto de las leyes, y que las teorías son desmentidas por la práctica? Chrysale tiembla bajo la férula de Philaminte; Martina reduciría a silencio a su marido, y la inmensa mayoría de los franceses reinará, —eternamente según creo,— en los maridos franceses. Pero eso jamás será por la violencia. Las mujeres de nuestra raza han sido bendecidas por la diosa Peithó. Saben convencer, lo cual es una indirecta de mandar. Un instinto certero les advierte que es preciso respetar ciertas susceptibilidades masculinas, y no dejar nunca de decir a un marido:

—Haz lo que tú quieres, amigo mío. Decide. Ordena. Tú eres el dueño....

## ACTUALIDADES

Después de lo cual el hombre queda contento y la mujer hace siempre aquello que ha resuelto; pero el rito queda cumplido. Las palabras mágicas han alejado la discordia. No bien nacidas, todas sabemos ya el pequeño secreto, y aquellas que lo ignoran no son verdaderas mujeres francesas.

Si hay tontas o tarascas que abusan de esta exígua e inocentísima vanidad de los hombres, no faltan, en cambio, maridos obstinados, duros y malos que tiranizarían a su familia si la mujer, mañosa y suave, no supiese influir en sus decisiones y modificar, con precauciones delicadas, una voluntad que se pretende inflexible.

Cada hogar es un estado dentro del Estado, un pequeño reino gobernado por una mujer. Ahora bien: no existe gobierno sin autoridad. La de la mujer extiéndese sobre sus hijos y sus criados y aún sobre el marido, en una medida conveniente y mediante apropiadas formas. Está en el interés de todos el que esa autoridad de la esposa y de la madre sea reconocida, en lo íntimo del hogar, así como la del hombre es reconocida en su vida pública según las funciones que desempeña.

Son mucho más necesarios a la mujer el tacto y la fineza para conservar esta autoridad restringida y relativa, que las que precisa el hombre para estar en su puesto entre sus iguales e imponer su voluntad a los inferiores.

La autoridad del hombre se halla legitimada por la sociedad. Se respeta la función en el funcionario, aún cuando éste no sea del todo igual a su tarea. El oficial mediocre aprovecha el prestigio de los galones, y el cabo no osará discutir con el capitán, ni el capitán con el general. Un escribiente escuchará sin reír las sandeces que le ordenará el jefe de oficina, no se burlará abiertamente de las equivocaciones del señor Ministro.

Es que detrás del oficial mediocre está el ejército; están los principios de la disciplina militar, que son absolutos e indiscutidos. Detrás del empleado sin talento y el ministro sin genio, se halla una entidad temible: ¡la Administración! Pero, en su casa, la mujer no puede siquiera invocar la ayuda de la ley, la cual le impone obediencia. Obtiene su autoridad por delegación del marido.

Se le dice: "Gobernad vuestra casa y dirigid vuestros niños. Es vuestro trabajo natural". Y se dice verdad. Sin embargo, la mujer no puede cumplir esa tarea sino mediantemente una perpetua lucha contra el desorden de los servidores, los caprichos de los niños, las pequeñas manías del esposo. Y le es necesario, para acordar intereses y derechos, y satisfacer las necesidades de todos, una riqueza de imaginación rayana en lo extraordinario.

Los hombres todos estiman la ternura y la solicitud femeninas. Pero esa ternura

y esa solicitud son a veces torpes, y revelan un espíritu reparón. Una mujer que tienda al orden debe aceptar que el marido, fatigado por una jornada laboriosa, olvide a veces colgar su sobretodo en la antecámara o arroje sobre el piso perfectamente encerado los puchos de cigarrillo. Repare luego, o haga reparar por su servicio, esas pequeñas infracciones a la regla, pero que se guarde de repetir diez veces:

—Amigo mío: pon atención en esto... ten cuidado en esto otro...

El hombre más calmado se irrita cuando se le atormenta a propósito de minucias... Déjelo usted en paz, señora, y cuando recobre la serenidad y el buen humor, hallará el medio gentil de decirle que ha arrugado el sobretodo nuevo o echado a perder la magnífica alfombra del salón.

No sustente usted la tenaz voluntad de tener siempre razón. No es perfecta la mujer que no sepa a veces reconocerse equivocada. Y existen circunstancias, señora, en las cuales es un perjuicio el tener razón; quiero decir, en que es peligroso sentar el triunfo de ella.

¡Ah, las mujeres que todo lo han previsto, las mujeres que lo saben todo; las mujeres que jamás se engañan; las mujeres que gozan con el engorro del desdichado marido que ha metido la pata, y a quien le repiten:

—¡Yo te lo había dicho! ¡Ah, si me hubieses escuchado!

Etcétera... Usted habrá oído mil veces esa antifona.

Tal manera de tener razón, señora, transforma al hombre más blando en una especie de tigre. No responde: aguanta, parece resignarse... Pero recuerda ciertos hechos diversos leídos en el diario y piensa que los maridos asesinos no estarán siempre exentos de excusas!

El marido de la dama que jamás hace mal nada, no la matará probablemente. Muy raramente ha de ceder al deseo de pegarle. Pero adquirirá la costumbre de mentir, e irá al café o al círculo.

La dama que jamás hizo mal nada triunfará completamente sola, y su pretendida autoridad no tropezará con más obstáculos que el silencio y la fuerza de la inercia.

Para ser escuchada, señora, es preciso saber escuchar. Para obtener lo que se desea, es preciso pedir a tiempo. Para que la energía sea eficaz, es menester no emplearla en discusiones mezquinas.

Puede más dulzura que violencia. Si quiere usted retener a su marido con una cadena sólida y ligera que le deje la ilusión deliciosa de la libertad, pida usted esa cadena a la diosa Persuasión, a la divina Peithó

MARCELLE TINAYRE.

Las cinco esmeraldas de  
Hernán Cortés

CUANDO los españoles tomaron la ciudad de Méjico, vieron compensados sus esfuerzos con el reparto de cuantioso botín: el tesoro de Motezuma, llamado por su colosal valía *Tesoro de los dioses*. Hernán Cortés se reservó, como la parte que a él correspondía, cinco magníficas esmeraldas, talladas de modo maravilloso. Las referidas piedras, ofrenda hecha por los emperadores aztecas a Vitzilopuchtlí, dios de los ejércitos, son descritas así por un autor de la época.

«Una estaba tallada en forma de rosa; la segunda representaba un cuerno de caza; la tercera tenía aspecto de un pescado, con sus dos ojos de oro, y la cuarta asemejaba una campanilla, sirviendo de badajo gruesa perla de incomparable oriente. Hernán Cortés la había mandado montar en oro y poner en la armadura esta divisa: *Benedito Dios que te crió*. En cuanto a la quinta esmeralda, habíala tallado los indios en forma de copa. Al traerla a España, su poseedor hizola añadir un pié de oro y recubrir los bordes con un filete del mismo metal.»

Por esta sola piedra, la más hermosa de todas, ciertos mercaderes genoveses que se hallaban en la Rábida al desembarcar Cortés, le ofrecieron 40.000 ducados para revenderla al Gran Turco. Las cinco esmeraldas estaban tasadas en 100.000 ducados, y llegaron a adquirir tal renombre en España, que servían de término de comparación cuando de preseas magníficas se hablaba.

Ocurrió que la emperatriz Isabel, esposa de Carlos Quinto, mostró deseos de poseerlas. El soberano propuso a Cortés la sesión de las joyas por el precio que quisiera ponerlas, prometiéndole, de añadidura, el disfrute de determinados beneficios en las tierras recién conquistadas. El alma bravia de Hernán Cortés no se amoldaba bien ni mal a las exigencias del oficio de cortesano. Así, que aun a riesgo de incurrir en el enojo del monarca, se negó en redondo a venderle las piedras, y las entregó, en calidad de dote, a doña Juana de Zúñiga, hija del segundo conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar, con la cual casó poco después, hacia 1529.

Carlos Quinto no perdonó a Cortés el desaire, siendo este el principal motivo de la enemiga que desde entonces le tuvo.

Las archifamosas esmeraldas que excitaban el antojo de una emperatriz y el odio del monarca más poderoso del mundo, estaban, sin embargo, reservadas a un final poco digno de su precio y de su celebridad. Llevábalas Hernán Cortés al tomar parte en la desastrosa expedición a Argel, ya porque, como hombre en extremo supersticioso, las diputase por amuleto infalible, o bien porque viese en ellas el precio de su rescate si la malaventura le hacía caer en manos de los corsarios berberiscos.

Deshecho por los escollos el galeón *Esperanza*, en que iba Cortés, y obligado éste a arrojarle al agua para ganar la orilla a nado, «metió en un pañuelo,—dice Gomara—todo el dinero que tenía, juntamente con las cinco esmeraldas, y se lo ató al cuello. Las preciosas joyas, bien por descuido o por fatalidad, cayeron al cieno profundo y se perdieron para siempre.»

A partir de aquella época, la vida del glorioso caudillo fué un perpetuo calvario. Viejo y achacoso, llamó una y otra vez a la puerta de los alcázares reales pidiendo que, ya que no se diese a sus servicios el galardón merecido, al menos se le abonasen los 300.000 escudos que había gastado en su expedición a California. Sus súplicas fueron vanas. Invasión por intensa melancolía, partióse de la corte y fué a morir olvidado en una magnífica quinta de su propiedad, que aun se conserva, en Castilleja de la Cuesta (Sevilla), a la edad de sesenta y tres años. El cadáver de Hernán Cortés, inhumado en Sevilla, fué trasladado a Méjico en 1562 por un hijo del conquistador.

Su sepulcro, existente en el convento de San Francisco de dicha capital, ofrece la particularidad de que uno de sus adornos reproduce la figura de las cinco malhadadas joyas que acarrearón la desgracia al antes afortunado domeñador de imperios.



# Un Regimiento de "ñatos"



La guerra ha venido, entre otras cosas, para poner en evidencia una vez más que Rusia es, de todas las naciones europeas, la más apegada a la tradición.

Hay en el ejército moscovita un regimiento, el llamado *Pauloski*, cuya coronelia corresponde de derecho al zarevich, donde todos sus individuos, sin excepción, son horriblemente chatos, y esto por virtud nada menos que de una disposición imperial. Apenas llegan todos los años los nuevos reclutas a las cajas militares del imperio, se elige con el mayor cuidado a los más respingados de nariz y se les incorpora al referido regimiento. Aquellos que andan tan mal de ese apéndice, que bien pueden llamarse desnarigados, son invariablemente colocados en las primeras filas, a fin de hacer bien patente la cualidad distintiva del poco atractivo regimiento de la guardia.

¿Y a qué obedece tan extravagante circunstancia?

Todo el que haya visto un retrato del Zar Pablo, convendrá en que su nariz era todo lo contrario de aquilina. Pues bien: tanto es el poder de la adulación, que llegaron los cortesanos a hacer creer a dicho monarca que una nariz ancha, vuelta y aplastada, no solamente cons-

tituía precioso rasgo de belleza física, sino indicación de elevada inteligencia. Los pícaros cortesanos citaban, en apoyo de su teoría, la nariz de Sócrates.

Convencido el soberano, concibió el pensamiento de tener un regimiento de guardias compuesto exclusivamente de oficiales y soldados poseedores del mencionado detalle de «hermosura masculina». A este objeto hacía desfilar ante él de vez en cuando los individuos recién incorporados a las filas, y escogía detenidamente sus hombres.

El Zar era terriblemente supersticioso y creía que el estornudar alguien en su presencia había de acarrearle desgracias. Según parece, ocurrió un día, durante una revista, que varios soldados del *Pauloski* estornudaron repetidas veces delante del monarca, quien dió orden de que en adelante, siempre que se acercase una revista imperial, tuviesen los guardias completamente desobstruidos los conductos nasales, a fin de evitar cualquier cosquilleo estimulante del estornudo, durante el tiempo de la inspección. Esta costumbre originalísima, juntamente con la de medir a los reclutas del regimiento por el mismo rasero nasal, persiste hoy en día.



SARASATE Y GAYARRE



ESTANDO estas dos eminencias del arte—violinista y tenor, respectivamente, navarros y muy amigos—paseando una noche por una calle de Barcelona, vieron a un pobre ciego que, por más esfuerzos que hacía tocando a más no poder, no llegaba a interesar la caridad de los transeúntes, por lo cual dos lágrimas corrían por su macilento rostro. Fijóse Sarasate, y, consultando con Gyarre, ambos decidieron hacer una obra de caridad. Se dirigió el primero al ciego y le dijo:

—¿Quiere presentarme el violín, hermano, a ver si yo procuro ganarle una peseta?

El ciego, maquinalmente, le alargó el violín, diciéndole:

—Tome, hermano; pero es inútil.

Entonces, Sarasate, dirigiéndose a Gyarre, le habló:

--Entona una jota, de esas que tu sabes.

Al sentir el ciego las primeras notas, su rostro cambió, reflejándose la mayor alegría al comprender que era un artista a quien había cedido el violín. El público comenzó a reunirse, y, al cantar Gyarre la jota, aquello fué el delirio; lo cual fué aprovechado por el tenor, que, tomando el sombrero del ciego, pidió para él mientras Sarasate seguía tocando.

Entregaron el sombrero lleno de dinero y el violín al ciego, quien no encontró palabras cómo demostrar su agradecimiento.



# VARIEDADES



## LAS CONFERENCIAS DE LUGONES

Nota literaria excepcional son las conferencias sobre Homero que ha iniciado en el Odeón de Buenos Aires Leopoldo Lugones.

La segunda, que dió sobre "La funesta Helena", fué una nota de arte, de maestría oratoria y de penetrante interpretación del divino asunto homérico.

En la historia de la literatura castellana dice "La Nota", aparecerá extraordinaria la figura de este escritor que posee y juega con su idioma como sin duda ningún español ni americano lo ha poseído ni podido manejar nunca; y que improvisa con maravillosa celeridad su ilustración sobre cualquier asunto de ciencia, de filosofía y de literatura, produciendo síntesis tan notables como sus definiciones de los personajes homéricos que desfilan bajo su palabra elocuentísima.

## M. BRIAND Y LA VIEJECITA DEL MESÓN

M. Briand, presidente del consejo de Francia, gran hombre de estado, es sin duda la figura más prominente de la Europa actual: lo que no impide que sea persona de las más sencillas costumbres.

Tan es así, que suele ir a pasear en los alrededores de París, buscando así, lejos del ruido cotidiano de la gran urbe, un descanso a sus graves tareas ministeriales.

Su afición a la pesca es tal, que permanece en el lugar todo el día, lo que lo obliga a almorzar en un mesón cercano del río.

Allí suele servirlo una viejecita que lo cree un buen burgués amante del comer sencillo substancioso, y nada más.

Cierta día se apearon en el mesón unos señores que habían descendido de un automóvil y los cuales, al reconocer a M. Briand, dijeron a la viejecita si no sabía a quien estaba sirviendo, y la enteraron de que era el presidente del Consejo.

Pero la mesonera no se dió por vencida, y no bien se alejaron los del automóvil, acercóse a su habitual parroquiano y le expresó:

—Señor: ¿sabe lo que me han dicho esos? que usted es M. Briand, el presidente del consejo de ministros—Y agregó la viejecita, riendo como si se le hicieran cosquillas:

—¡Qué bromistas son estos parisienses!

## ANECDOTA SOBRE BIZET

Bizet, el autor de "Carmen", visitaba la España. Había ido a parar a un hotel, pero jamás comía en él; y era en vano que el hotelero le repitiese cada día en un tono de súplica:

—Espero que hoy almorzarás aquí, digno señor.

—No,—respondía invariablemente Bizet.—He prometido hacerlo con amigos. Y el hotelero levantaba los brazos al cielo, desolado y exclamando:

—¡Qué desgracia para mí, señor. Me cubris de ridículo!

Y cuando el autor de "Carmen" pidió su cuenta, encontró estas cuatro palabras: Diez comidas cincuenta pesetas.

—Pero si no he probado esas comidas—protestó Bizet.

—Si las hubiéseris probado, no serían más que treinta pesetas,—respondió el hotelero.

—¡Ah, y las otras veinte?

—Es por el ridículo, señor.

## EL COMERCIO DE LA ALEGRIA

En Londres, en un barrio de los más elegantes, vive una dama que enseña a sus clientes a reír convenientemente. Ella enseña el medio de hacer nacer bonitos "hoyitos" a los lados de la cara, y también el medio de imprimir al rostro una sonrisa atractiva, como así también el medio de mostrar sus lindos dientes.

He aquí que en Boston un hombre imaginativo acaba de abrazar la profesión de "vendedor de alegría".

Por la módica suma de dos pesos y medio hace reír a las personas por neurasténicas que sean. Ya en esta época lleva ganada una suma respetable. Un viejo celibatario lo ha retenido a su lado varias semanas; una anciana señora lo invita a comer todos los miércoles.

Este medio de hacer fortuna no es falto de originalidad, y sobre todo no ofrece los peligros como tantos otros conocidos.

## EL RECORD DEL MINUTO

Caruso, el famoso Caruso, nos hace el efecto de retenerlo.

Figuraos que una noche en Nueva York asistía a una representación en el teatro New-Fields, con su colega y amigo, el tenor Saléga. Durante el curso de la re-

**J.G. CHÁVEZ**  
PINTOR Y  
GRABADOR  
EN MADERA Y  
EN  
METALES.

**TALLER DE  
GRABADOS**  
6a. C. P. 29.  
SAN SALVADOR  
AMERICA CENTRAL.

Grabados en alto relieve en toda  
clase de metales

Placas para profesionales, oficinas  
públicas, bancos, y casas  
de comercio

CHEQUES,  
ACCIONES, RETRA  
TOS Y TODA CLASE DE  
OBRA PARA ANUNCIOS.

Grabados en relieve para estampar en panel, en madera y  
en toda clase de cueros. Grabados en oro y plata.

Viñetas a dos y tres tintas.





## ACTUALIDADES

presentación lo vinieron a buscar para que cantase en lo de un millonario de Central Park o de la Fifth Avenue.

Caruso se levanta, sale, y regresa exactamente una hora después con 3.000 dólares (8.000 pesos más o menos), de lo cual, deducción hecha del tiempo de ir y venir, resulta a razón de ciento setenta pesos por minuto de canto.

—¿Nó es una cifra verdaderamente bonita?

### SUPERSTICIONES

Es cosa sabida la importancia que daban los antiguos, y aún en el presente, ciertos pueblos a los presagios.

Se cuenta que un Príncipe supersticioso, habiendo encontrado un tuerto muy mañana, lo hizo conducir inmediatamente a prisión.

Cuando ya de noche se presentaron a dar de comer al prisionero, éste interrogó a los guardianes sobre el motivo por el cual lo habían encarcelado. Se le respondió que el príncipe había sido contrariado de haberlo encontrado por la mañana porque tal encuentro le presagiaba un mal día.

—¡Ah,—dijo el prisionero escandalizado,—yo quisiera que preguntasen a Su Majestad cómo ha pasado el día por haber encontrado a un tuerto. En cuanto a mí, lo he pasado todo el día en prisión, y por haber encontrado a un príncipe.

### UNA BROMA DE JOFFRE

Durante la conferencia internacional que tuvo lugar en París, y cierto día en que el generalísimo descendía de su automóvil frente al ministerio de relaciones exteriores, después de una calurosa ovación y de numerosos "¡Viva Francial," "¡Viva Joffre!", una pregunta lanzada por voz desconocida, azotó el ámbito:

—Y... ¿cuándo se acaba eso?

El generalísimo echó una rápida mirada sobre los asistentes que lo rodeaban respetuosamente. Vió en sus rostros cierta ansiedad. Reinó silencio completo. Las miradas que en él se posaban imploraban una respuesta que no podía dar... Salvó, no obstante hábilmente la dificultad. Volvióse hacia su chauffeur, quien, con la mano izquierda sobre la costura del pantalón y la diestra en el picaporte del auto, esperaba las órdenes, y en voz bien alta y con bondadosa sonrisa, le dirigió la misma pregunta, tocándole amistosamente la espalda:

—Y bien, Martín: ¿cuándo se acaba la guerra?

Después de un segundo estupor, un formidable estallido de risa se escapó de multitud y los gritos de "¡Viva Joffr." volvieron a sonar con más brío.

### RESPUESTA DE MILLONARI

El barón de Rothschild, cuando viaja, despertaba, naturalmente, la codicia de los que con él tenían que hacer.

Un día, en una estación balnearia, se presentó en la dirección de un hotel.

Es de imaginarse cómo se apresuraría el hotelero en dar satisfacción a este riquísimo cliente.

El más lindo departamento le fué ofrecido, pero naturalmente a un precio exorbitante.

Al anuncio de la cifra excesiva que se le pedía, el millonario no se turbó.

Sin embargo, no respondió inmediatamente. Con la cabeza apoyada en las manos, parecía absorbido en una profunda meditación.

El hotelero, creyendo haber subido demasiado la nota, aunque se tratase de un Rothschild, le preguntó:

—¿El señor barón encuentra el precio demasiado elevado?

—No,—contestó con la mayor gravedad del mundo,—me preguntaba simplemente si volvería a este país el año próximo, porque entonces tal vez me produjera provecho el comprar el hotel.

### LA REINA DE LAS CAJAS DE SEGURIDAD

Es esta una caja de seguridad que tiene dos pisos y ha costado 225.000 francos. Colocada en un sótano, tiene paredes formidables y está blindada de acero y cemento.

Antes de llegar hasta el acero, los ladrones tropezarían con infinidad de alambres del mismo metal que se cruzan dentro del muro, y que harían sonar un juego complicado y extenso de timbres poniendo en alarma a los guardianes.

La puerta pesa 50 toneladas, funcionando automáticamente, después de poner en juego cuatro combinaciones. Cada uno de los cuatro encargados de la caja conoce una sola de las combinaciones, viniendo por separado y haciendo funcionar la combinación a la hora que ya tienen indicada de antemano en una hoja de servicio, no pudiendo descender al sótano sino en un ascensor del cual un jefe especial tiene la llave.

Esta caja es la del Estado de Washington, y encierra los dos millones de millones y medio que constituyen su tesoro de guerra.

